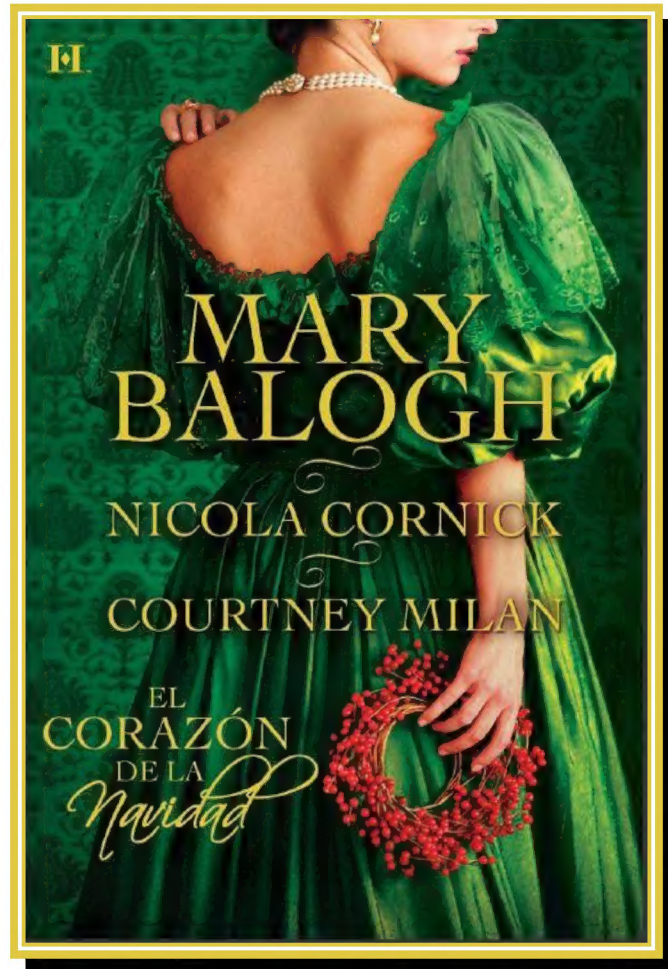


Por un puñado de oro
Mary Balogh



Por un Puñado de Oro (2011)

Historia incluida dentro de la antología “El corazón de la Navidad”

Título Original: A handful of gold (1998)

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Antología 2

Género: Histórico-Regente

Protagonistas: Julian Dare y Verity Ewing

Argumento:

Julian Dare no sólo era guapísimo y rico: también era el heredero de un condado. Así pues ¿qué necesitaba un hombre que lo tenía todo?

La inocente y hogareña Verity Ewing se había propuesto ofrecerle su corazón, el regalo máspreciado de todos.

Capítulo 1

El caballero arrellanado ante el fuego mortecino, en la sala de estar de sus habitaciones londinenses, parecía algo desmejorado. Sus calzas grises, que llegaban a la altura de la rodilla, y sus medias blancas eran de finísima seda, pero estas últimas estaban arrugadas, y hacía rato que se había descalzado. Se había despojado de la levita de cola larga que había ceñido a su figura como una segunda piel al ponérsela horas antes y la había arrojado con descuido a otro sillón.

Su chaleco, ricamente bordado, estaba desabrochado. Y su corbata, que su ayuda de cámara había tardado más de media hora en arreglar con amoroso esmero, colgaba asimétricamente sobre su hombro izquierdo. Se había pasado tantas veces los dedos por la cabeza que el cabello oscuro, cortado con estudiado desaliño, como mandaba la moda, se veía sucio y desgredado. Tenía los ojos entornados y algo inyectados en sangre. Un vaso vacío colgaba de su mano, sobre el brazo del sillón.

Julian Dare, vizconde Folingsby, estaba indudablemente borracho.

Y además enfadado. Beber en exceso no se contaba entre sus vicios. El juego, sí. Y las mujeres. Y llevar una vida temeraria. Pero la bebida no. Siempre había procurado huir de hábitos que pudieran tornarse adictivos. Tenía intención de «sentar la cabeza» algún día, como decía su padre; de dejar de «andar de picos pardos», otra expresión del conde de Grantham. Y sería sumamente incómodo tener que enfrentarse a una adicción cuando llegara ese momento.

Para él, el juego no era una droga. Ni tampoco las mujeres. Aunque fuera muy aficionado a ambas cosas.

Bostezó y se preguntó qué hora sería. Por suerte, no había amanecido aún: era diciembre y la luz del día no se dignaba hacer acto de presencia hasta bien entrada la mañana. Pero debía ser mucho más de medianoche. Mucho más. Se había marchado de la fiesta de su hermana antes de que el reloj diera las doce, después se había pasado por el club White's y por una o dos timbas... ¿cuántas habían sido?, en las que se jugaba y se bebía de firme.

Debía levantarse del sillón e irse a la cama, pero no tenía fuerzas. Así pues, tendría que llamar a su ayuda de cámara y que él lo llevara a rastras hasta el lecho. Sin embargo, ni siquiera tenía fuerzas para ponerse en pie y tocar la campanilla. De todos modos, no podría dormir. Sabía por experiencia que, cuando estaba como una cuba, una posición aproximadamente vertical era preferible a una horizontal.

¿Por qué rayos había bebido tanto?

La borrachera, sin embargo, no le había hecho olvidar. Se acordaba muy bien del porqué. Esa heredera, la señorita Plunkett. No, lady Sarah Plunkett. ¡Menudo nombre! Y por desgracia la dama tenía una cara y un carácter a juego. Iría a Conway por Navidad con sus papás. Emma, su hermana pequeña, se lo comunicaba en la carta que le había llegado esa mañana. No, el día anterior por la mañana. Él había sumado dos y dos e, inevitablemente, le habían salido cuatro, aunque para ello no había tenido que emplear reglas aritméticas ni habilidades deductivas.

La misiva de su padre, que había leído a continuación, era mucho más explícita. No sólo iban a acompañarles los

Plunkett y su hija por Navidad, sino que, por imperativo paterno, Julian tendría que cortejar a la muchacha y fijar su interés en ella. Tenía veintinueve años, a fin de cuentas, y no daba muestras de querer buscar esposa. Su padre se había mostrado extremadamente paciente con él, pero ya iba siendo hora de que sentara cabeza. En tanto que único varón entre cinco hermanas, tres de ellas todavía solteras y, por tanto, de futuro incierto, era su deber.

El vizconde Folingsby se pasó de nuevo los dedos de la mano libre por el pelo, devolviéndolo sin darse cuenta a su estado de simple desaliño, y miró fijamente la botella de coñac que había allí cerca. La distancia se le antojó insuperable.

No iba a hacerlo: no pensaba casarse con esa chica. Era así de sencillo. Nadie podía obligarlo, ni siquiera su padre, que, pese a ser enojosamente afectuoso, era también muy severo. Tampoco podrían obligarlo su querida mamá y sus hermanas, que tanto lo mimaban. Hizo una mueca. ¿Por qué le había tocado en suerte una familia singularmente unida y cariñosa? ¿Y por qué su madre sólo había tenido hijas después del triunfo inicial de su nacimiento como heredero de un condado y de vastas propiedades y riquezas? Si él fracasaba, si no lograba engendrar a su vez un heredero varón, toda su herencia pasaría a manos de algún primo lejano.

Su señoría miró de nuevo la botella de coñac con cierta determinación, pero no logró reunir fuerzas para poner en marcha sus piernas.

El correo de la mañana le había llevado otra carta. De Bertie. Bertrand Hollander había sido su mejor amigo y su

cómplice durante los años en el colegio y la universidad. Seguían estando muy unidos, a pesar de que ahora Bertie pasaba la mayor parte del tiempo supervisando sus fincas en el norte de Inglaterra. Bertie tenía una finca de caza en el condado de Norfolk y una amante en Yorkshire, y pensaba presentársela durante las navidades. Estaba esquivando a su familia con la excusa de que iba a pasar las fiestas pegando tiros con unos amigos. En realidad tenía previsto pasarlas con Debbie, lejos de miradas curiosas y de las obligaciones del decoro. Quería que Julian se reuniera con ellos allí, acompañado de su amante.

Pero Julian no tenía amante fija últimamente. Había despedido a la última hacía un par de meses, alegando que las noches que pasaba en su compañía se habían vuelto igual de predecibles y tediosas que las que pasaba asistiendo a los insípidos bailes semanales de Almack's. Desde entonces tenía un apaño con una viuda conocida suya, muy satisfactorio para ambos. Pero ella era una mujer respetable de la alta sociedad: difícilmente podía invitarla a pasar una semana de pecado con Bertie y Debbie en el condado de Norfolk.

¡Maldición! Estaba más borracho de lo que pensaba, pensó de pronto. Esa noche había ido a otra parte antes de asistir a la fiesta de Elinor. Había ido a la ópera. Y no porque le gustara especialmente la música. Al menos, la ópera. Había ido a contemplar el objeto de los más recientes chismorreos del White's. Se decía que había una nueva bailarina de considerables encantos, y que en las escasas semanas transcurridas desde su primera aparición en escena, no había debutado en la cama de ninguno de los señores que habían intentado seducirla. O estaba esperando

un mejor postor o estaba enamorada. O era una mujer virtuosa.

Julian, con la carta de su padre y la invitación de Bertie aún frescas en la memoria, había ido a la ópera a ver a qué se debía tanto revuelo.

El revuelo se debía a las largas y torneadas piernas de la bailarina, a su cuerpo ligero y esbelto, y a su larga cabellera cobriza. No roja del todo: no era tan vulgar. Era cobriza. Y tenía los ojos de color esmeralda. Julian no había podido verlos desde el palco que ocupaba durante la representación. Pero los había visto después, por el monóculo, cuando estaba de pie en la puerta del camerino.

La señorita Blanche Heyward estaba rodeada por una cohorte de admiradores convenientemente arrobados. Su señoría el vizconde la había contemplado sin prisas a través del monóculo y había inclinado la cabeza cuando sus ojos se encontraron desde el otro lado de la estancia. Después, se había unido al gentío aún más nutrido reunido en torno a Hannah Dove, la cantante que cantaba como una paloma, o eso aseguraba un miembro de su séquito. Un burdo cumplido por el que el caballero en cuestión había recibido una graciosa sonrisa y una mano que besar.

Julian había abandonado el camerino unos minutos después y se había marchado rumbo a los salones de su hermana casada.

Quizá fuera interesante probar a asaltar la ciudadela de dudosa virtud de Blanche Heyward. Y tal vez fuera aún más interesante llevarla a casa de Bertie por Navidad y pasar una larga y tórrida semana con ella. Si iba a Conway, tendría las navidades de siempre: placenteras, bulliciosas y

atestadas de gente. Y además estaría la señorita Plunkett. En cambio, si iba al condado de Norfolk.

En fin, estaba aturdido.

Lo que podía hacer, se dijo, era dejar que decidiera ella. Se lo preguntaría. Si le decía que sí, iría a Norfolk. Para un último devaneo amoroso. Como el canto del cisne por la libertad, los picos pardos y todo lo demás. En primavera, cuando el comienzo de la temporada hiciera volver a Londres a la alta sociedad, incluida la señorita Plunkett, cumpliría con su deber. Cuando llegaran las Navidades siguientes, ya la habría dejado embarazada. La sola idea le hizo sujetarse la cabeza dolorida con la mano en la que un minuto antes sostenía el vaso. ¿Qué diablos había hecho con él? ¿Lo había soltado? ¿Aún quedaba coñac? No podía ser. Si no, se lo habría bebido en vez de estar allí sentado pensando en cómo podía alcanzar la botella con aquellas piernas que se negaban a obedecer el dictado de su cerebro.

Si le decía que no. Blanche, claro, no la heredera, iría a Conway y abrazaría su destino. De ese modo seguramente ya habría un bebé en el cuarto de los niños las próximas navidades.

Apartó la mano de su cabeza y se la llevó a la garganta con intención de aflojarse la corbata. Pero ya la tenía aflojada.

Rayos y centellas, qué hermosa era. La heredera no, claro. ¿Quién entonces? ¿Alguien a quien había conocido en casa de Elinor?

Se oyó un suave arañar en la puerta de la habitación. Un momento después, ésta se abrió y apareció el semblante respetuoso y cauto de su ayuda de cámara.

—Ya era hora —le dijo Julian—. Alguien me ha quitado los huesos de las piernas cuando no estaba mirando. Es muy molesto.

—Sí, milord —contestó el criado, acercándose a él resueltamente—. Dentro de unas horas deseará que se los hubieran quitado también de la cabeza. Venga, señor. Páseme el brazo alrededor del cuello.

—Cuánta impertinencia —masculló su señoría—. Recuérdate que te despida cuando esté sobrio.

—Sí, milord —contestó el ayuda de cámara alegremente.

Varias horas antes de que el vizconde Folingsby se hallara repanchigado delante del fuego, en su cuarto de estar, con las piernas flojas y la cabeza dolorida, la señorita Verity Ewing entró en una casa a oscuras situada en una calle poco elegante de Londres, sirviéndose de su llave y de un considerable sigilo. No quería despertar a nadie. Subiría de puntillas la escalera sin encender una vela, se dijo, y tendría cuidado de no pisar el octavo peldaño, que crujía. Se desvestiría a oscuras, con la esperanza de no despertar a Chastity. Su hermana, por desgracia, tenía el sueño ligero.

Pero la suerte no estaba de su parte. Antes de que le diera tiempo a poner un pie en la escalera, la puerta del cuarto de estar de la planta baja se abrió y un rayo de luz penetró en el pasillo.

—¿Verity?

—Sí, mamá —Verity suspiró para sus adentros al tiempo que componía una sonrisa despreocupada—. No deberías haberme esperado levantada.

—No podía dormir —le dijo su madre cuando Verity la siguió al cuarto de estar. Dejó la vela sobre la mesa y se ciñó el chal alrededor de los hombros. La chimenea estaba apagada—. Sabes que me preocupo hasta que vuelves a casa.

—Invitaron a lady Coleman a una cena tardía después de la ópera —explicó Verity—. Y quiso que la acompañara.

—Pues ha sido muy desconsiderado por su parte —repuso quejosa la señora Ewing—. Es una falta de respeto mantener levantada hasta tan tarde a la hija de un caballero casi todas las noches de la semana, y encima mandarla a casa en un coche de punto, en vez de en su carruaje.

—Es muy amable por pagar un coche de punto —contestó Verity—. Pero hace mucho frío y estás aterida —no le hacía falta preguntar por qué estaba apagada la chimenea. Mantener el fuego encendido más allá de las diez era un lujo que no podían permitirse en aquella casa—. Vámonos a la cama. ¿Qué tal ha pasado la noche Chastity?

—No ha tosido más allá de tres o cuatro veces —contestó su madre—. Y no ha tenido ni un solo ataque prolongado. Parece que la medicina nueva está haciendo efecto de verdad.

—Eso espero —Verity sonrió y recogió la vela—. Vamos, mamá.

No pudo eludir, sin embargo, las preguntas de rigor acerca de la ópera, del atuendo de lady Coleman, de los invitados que habían asistido a la cena, de los anfitriones, de

lo que habían comido y de qué temas de conversación habían tratado. Contestó con la mayor brevedad que pudo, pero por complacer a su madre ofreció una descripción detallada del lujoso y elegante vestido que lucía su jefa.

—Lo único que puedo decir —comentó la señora Ewing en voz baja al detenerse delante de la puerta de su dormitorio— es que esa lady Coleman es una dama muy rara, Verity. La mayoría de las señoras de alcurnia contratan a damas de compañía para que vivan con ellas y les hagan los recados durante el día, cuando no tienen nada que hacer. No permiten que vivan en casa de sus padres, ni requieren sus servicios por las noches, cuando salen por ahí.

—Entonces he tenido muy buena suerte por haber dado con semejante señora —repuso Verity—, y por haberle caído en gracia. No podría soportar vivir en su casa y veros a Chastity y a ti sólo de vez en cuando. Lady Coleman es viuda, mamá, y el decoro exige que vaya acompañada cuando sale. No podría pedir un empleo más agradable. Paga bastante bien, además, y el sueldo mejorará con el tiempo. Esta misma noche me ha dicho que está muy contenta conmigo y que está pensando en subirme sustancialmente la paga.

Su madre, sin embargo, no parecía tan satisfecha como esperaba Verity. Meneó la cabeza al tomar la vela.

—Ay, cariño mío —dijo—. Jamás pensé que una hija mía tendría que buscar empleo. Tu padre, el reverendo Ewing, nos dejó poco, es verdad, pero podríamos habérmolas arreglado bien, de no ser por la enfermedad de Chastity. Y si el general sir Hector Ewing no estuviera, por desgracia, en Viena por las conversaciones de paz, estoy segura de que nos

habría ayudado. A fin de cuentas, Chastity y tú sois las hijas de su hermano.

—No te angusties, mamá, te lo ruego —Verity la besó en la mejilla—. Estamos juntas, las tres, y Chastity está recuperando la salud después de ver a un médico de prestigio y de que le recetara un remedio adecuado. Eso es lo único que importa, en realidad. Buenas noches.

Un minuto después llegó a su dormitorio, entró y cerró la puerta. Estuvo un momento apoyada en ella, con los ojos cerrados, agarrando el pomo con las manos, a la espalda. No se oía nada, salvo la respiración rítmica y queda de su hermana, en la cama. Se desvistió rápidamente, sin hacer ruido, temblando de frío. Se metió en la cama, se tumbó de lado, con las piernas dobladas, y se tapó con las mantas hasta las orejas. Le castañeteaban los dientes, pero no era sólo por el frío.

Estaba jugando a un juego peligroso.

Sólo que no era un juego.

¿Cuánto tiempo tardaría su madre en descubrir que no había ninguna lady Coleman, que aquel empleo fácil y decoroso era una patraña? Por suerte se habían mudado a Londres desde el campo hacía tan poco tiempo y en circunstancias tan apuradas que tenían pocos amigos, y ninguno que se moviera en los círculos de la alta sociedad. Se habían mudado a la capital porque el resfriado que Chastity había contraído el invierno anterior, poco después de la muerte de su padre, se negaba tercamente a desaparecer. Les había quedado dolorosamente claro que podían perderla si no consultaban a un médico cuyos saberes superaran los del doctor del pueblo. Temían que padeciera consunción, pero

el médico londinense les había dicho que no, que sólo tenía el pecho débil y que, con la medicina y la dieta adecuadas, podría recuperar por completo la salud.

Los honorarios del doctor y las medicinas habían resultado extraordinariamente caros, y aún tendrían necesidad de los servicios del médico. Incluso el alquiler de una casa corriente como la suya era altísimo. Y las facturas de carbón, velas, comida y otras necesidades básicas parecían amontonarse sin cesar.

Verity había buscado y buscado un empleo decoroso, asegurándole a su madre que sólo sería temporal, hasta que su tío regresara a Inglaterra y salieran de apuros. Ella, en realidad, tenía poca fe en aquel tío rico, que no había querido saber nada de ellas en vida de su padre. Su abuelo se había distanciado de su hijo menor al rehusar éste un matrimonio ventajoso para casarse con la madre de Verity, hija de un caballero sin fortuna ni influencias.

A juicio de Verity, el cuidado de su madre y hermana recaía directamente sobre sus hombros, ahora y siempre. De modo que, al no encontrar empleo como institutriz o dama de compañía, ni siquiera como dependienta, costurera o doncella, había hecho una prueba para entrar a formar parte del cuerpo de bailarinas de la ópera. Estaba en buena forma, a fin de cuentas, y siempre le había encantado bailar, tanto en los salones como en la intimidad de una arboleda o en una habitación desierta de la rectoría. Para sorpresa suya, le habían ofrecido el puesto.

Actuar en un escenario, delante del público, como cantante, bailarina o actriz, no era empleo adecuado para una dama. Antes incluso de aceptar el empleo, Verity era

muy consciente de que, a ojos de la gente, ser bailarina o actriz equivalía a ser una mujer de mala vida.

Pero ¿qué alternativa tenía?

Así había dado comienzo su doble vida, su vida secreta. De día, salvo cuando estaba en los ensayos, era Verity Ewing, señorita venida a menos, hija de un clérigo de noble alcurnia y sobrina del influyente general sir Hector Ewing. De noche era Blanche Heyward, bailarina de la ópera, una mujer a la que se comían con los ojos la mitad de los caballeros elegantes de la ciudad, muchos de los cuales asistían a la ópera con el solo propósito de verla.

Pero era un juego peligroso. En cualquier momento podía reconocerla alguno de sus conocidos, aunque ningún vecino de su pueblo tenía por costumbre pernoctar en Londres para saborear los entretenimientos que ofrecía la gran urbe. Lo peor era, quizá, que le sería imposible codearse con la sociedad elegante en un futuro, si el general se decidía por fin a ayudarlas. Eso, sin embargo, no le quitaba el sueño.

Había asuntos más urgentes que resolver.

Lo que ganaba como bailarina no era suficiente.

Se acurrucó más aún bajo las mantas y metió las manos entre los muslos para entrar en calor.

—¿Verity? —preguntó una voz soñolienta.

Verity apartó un poco las mantas.

—Sí, cariño —dijo en voz baja—, estoy aquí.

—Debo de haberme quedado dormida —dijo Chastity—. Me preocupo tanto hasta que llegas a casa... Ojalá no tuvieras que salir sola por las noches.

—Si no saliera —repuso su hermana—, no podría hablarte de las espléndidas fiestas y las funciones teatrales a las que asisto. Por la mañana te hablaré de la ópera o, mejor aún, de la gente que había en el teatro. Ahora vuelve a dormir —añadió en tono alegre y cariñoso.

—Verity —dijo Chastity—, no creas que soy una desagradecida, que no sé los sacrificios que estás haciendo por mí. Algún día te compensaré, te lo prometo.

Verity parpadeó para despejar sus ojos de lágrimas.

—Claro que sí, cariño —dijo—. En primavera bailarás entre las primulas y los narcisos, y tus mejillas serán como rosas fuera de estación. Así me pagarás con creces lo poco que puedo hacer por ti ahora. Vuelve a dormir, bobita.

—Buenas noches —Chastity bostezó y uno o dos minutos después su respiración se hizo de nuevo rítmica y profunda.

Las bailarinas tenían un modo de aumentar sus ingresos. Casi era lo que se esperaba de ellas. Verity escondió la cabeza bajo las mantas una vez más e intentó no pensar en eso, pero hacía más de una semana que aquella idea la incordiaba. Y un rato antes le había dicho a su madre, casi como si preparara el terreno, que lady Coleman estaba muy contenta con ella y que estaba pensando en subirle el sueldo.

Se había granjeado todo un séquito de admiradores que se agolpaba en el camerino después de la función. Dos de ellos ya le habían hecho proposiciones sin tapujos. Uno había mencionado una suma que le daba vértigo. Se había dicho una y otra vez que ni siquiera iba a dejarse tentar. Y así era. Pero no era cuestión de dejarse tentar, sino de decidir fríamente.

Si lo hacía, sólo sería por el bienestar de Chastity y de su madre. Tendría que conseguir mucho más dinero, si quería que Chass siguiera con el tratamiento que necesitaba. Así pues, lo que estaba en juego era la vida de Chastity, a cambio de su virtud.

Dicho así, en realidad no había nada que decidir. Pensó entonces en el soplo de tentación que se le había presentado esa misma noche, encarnada en el caballero que, parado en la puerta del camerino, la había mirado con insolencia a través de su monóculo durante un minuto o dos antes de sumarse a la muchedumbre de señores reunida en torno a Hannah Dove. Su conducta daba a entender que ella no le interesaba lo más mínimo y, sin embargo, Verity había tenido la extraña impresión de que no había dejado de observarla en ningún momento.

Era el vizconde Folingsby, un conocido calavera, la había informado otra bailarina más tarde. Verity, de todos modos, podría haberlo adivinado. Aparte de ser increíblemente guapo, es decir, alto, bien formado, muy moreno, con ojos al mismo tiempo penetrantes y soñadores, su aplomo y arrogancia evidenciaban que era un hombre acostumbrado a salirse con la suya. Había, además, algo insoportablemente turbador en él. Un calavera, sí. No había duda.

Y sin embargo, ella se había sentido terriblemente tentada por un instante. Si el vizconde se hubiera acercado, si le hubiera hecho un ofrecimiento.

Por suerte, no había hecho ninguna de las dos cosas.

Pero pronto, muy pronto, ella tendría que sopesar y aceptar alguna oferta. Iba a tener que convertirse en la querida de algún caballero. ¡Ya estaba! Por fin lo había

dicho, aunque lo hubiera dicho por lo fino. En realidad, pronto tendría que convertirse en la fulana de algún hombre.

La cabeza le dio vueltas un instante y cerró los ojos.

Por Chastity, se dijo resueltamente. Por la vida de Chastity.

Capítulo 2

Julian visitó el camerino del teatro de la ópera dos noches después de su primera aparición. Había algunos caballeros conversando con Blanche Heyward. A Hannah Dove no se la veía, oculta entre su séquito de admiradores. Su señoría se unió a ellos y estuvo un rato charlando afablemente. No quería parecer ansioso en exceso. Dejó pasar varios minutos antes de acercarse a la bailarina de cabello cobrizo y hacer una leve reverencia.

—Señorita Heyward —dijo con languidez, sosteniéndole la mirada—, a sus pies. ¿Me permite alabar su actuación de esta noche?

—Gracias, milord —su voz era suave, melódica. Seductora y estudiada para que así lo pareciera, supuso Julian. Sus ojos lo miraban con franqueza... ¿y quizá también con astucia? No creía ni por un instante que fuera una mujer virtuosa. Como tampoco creía que la poca virtud que le quedara no estuviera en venta.

—Yo mismo acabo de ensalzar el talento y la gracia de la señorita Heyward, Folingsby —dijo Netherford—. Si estuviera en un salón de baile, dejaría en ridículo al resto de las señoras. Ningún caballero desearía bailar con otra que no fuera ella, ¿verdad? ¿Verdad? —clavó el codo en las costillas del vizconde.

Los demás señores reunidos en torno a Blanche se rieron por lo bajo.

—Santo cielo —murmuró Su Excelencia—, dudo que la señorita Heyward quiera cosechar tal... fama.

—O tal notoriedad —repuso ella con una sonrisa fugaz.

—A mí me encantaría verla bailar el vals, señorita Heyward —continuó Netherford—. El problema es que todos los demás también querrían mirarla, y no habría nadie para bailar con las otras señoritas —su comentario provocó una carcajada general.

Julian se llevó el monóculo al ojo y sorprendió un destello de desprecio en la sonrisa de la bailarina.

—Gracias, señor —dijo ella—. Es usted muy dado a los cumplidos. Ahora estoy cansada, caballeros. Ha sido una noche muy larga.

Y así, bruscamente, despidió a su cohorte. Se marcharon dócilmente tras hacer una reverencia y desearle buenas noches. Tres salieron del camerino y uno se sumó al grupo congregado aún en torno a Hannah Dove. Julian se quedó.

Blanche Heyward lo miró inquisitivamente.

—¿Señor? —dijo con un deje retador.

—Soy de la opinión —dijo Julian, dejando caer su monóculo y juntando las manos a la espalda— de que una comida tranquila y relajada es a menudo tan eficaz como el sueño para aliviar el cansancio físico. ¿Le apetecería cenar conmigo?

Ella abrió la boca para rehusar la invitación, Julian lo notó en su expresión, pero luego vaciló y volvió a cerrarla.

—¿Cenar, milord? —levantó las cejas.

—He reservado un saloncito privado en una taberna, no muy lejos de aquí —contestó—. Preferiría tener compañía que comer solo —y sin embargo le insinuó con su semblante desenfadado y sus gestos que no le importaría cenar solo. Parecía importarle muy poco que aceptara o no.

Ella apartó los ojos para mirarse las manos. Saltaba a la vista que se disponía de nuevo a rechazarlo. Y también que se sentía tentada a aceptar. O bien, y Julian sospechaba que ése era el verdadero sentido de su comportamiento, que se le daba tan bien como a él transmitir el mensaje que deseaba comunicar a su interlocutor. Reticencia y cierta indiferencia, en este caso. Pero también la intención preconcebida de aceptar, en última instancia. Julian le facilitó las cosas o, mejor dicho, volvió a tomar el control de la situación.

—Señorita Heyward —se inclinó ligeramente hacia ella y bajó la voz—, la estoy invitando a una cena, no a mi cama.

Lo miró bruscamente y Julian advirtió en su mirada que había salido vencedor. Ella sonrió a medias.

—Gracias, milord —dijo—, la verdad es que tengo bastante hambre. ¿Le importa esperar aquí mientras voy en busca de mi manto?

Él inclinó levemente la cabeza y la señorita Heyward se levantó. Ahora que estaba cerca de ella, le sorprendió su estatura. Era un hombre alto y las mujeres parecían empequeñecer a su lado. A ella, sin embargo, apenas le sacaba media cabeza.

Bien, pensó con satisfacción, había hecho el primer movimiento y había salido airoso. Ella sólo había accedido a cenar, ciertamente, pero si no podía convertir aquel pequeño triunfo en una semana de placer en Norfolk, se merecería el destino que lo esperaba en Conway, encarnado en la persona de lady Sarah Plunkett, con su cara de hurón.

No tenía intención de perder la partida.

Y tampoco creía que ésa fuera la intención de la señorita Heyward.

Era una sala cuadrada y espaciosa, con el techo de artesonado y una gran chimenea en la que crepitaba alegremente el fuego. Ocupaba el centro de la estancia una mesa puesta para dos con cristalería y porcelana finas sobre un blanco y almidonado mantel. Dos largas velas ardían en candeleros de peltre.

El vizconde Folingsby debía de confiar en que le diría que sí, concluyó Verity. Él le quitó el manto en silencio. Sin mirarlo, ella cruzó la habitación, se acercó al fuego y extendió las manos hacia las llamas. No creía haber estado nunca tan nerviosa, ni siquiera al hacer la prueba, o al actuar por primera vez en el escenario. Quizás aquél fuera un nerviosismo de otra índole.

—Hace frío esta noche —comentó él.

—Sí —apenas habían tenido ocasión de notar el frío.

Habían recorrido en un suntuoso carruaje privado el corto trecho que los separaba de la taberna. No habían cruzado palabra durante el trayecto.

Verity no creía que aquella invitación fuera únicamente a cenar. Pero seguía sin saber qué respondería a la inevitable pregunta. Quizás en aquel mundillo se daba por sobreentendido que, una vez aceptada una invitación semejante, la señorita en cuestión se comprometía a dar las gracias de la manera obvia.

¿Sería posible que antes de que acabara esa noche hubiera dado el paso irrevocable? ¿Qué sentiría?, se preguntó de repente. ¿Y cómo se encontraría por la mañana?

—El verde le favorece —dijo lord Folingsby, y a Verity la avergonzó sobresaltarse al descubrir que estaba a su espalda, muy cerca—. No todas las mujeres tienen la sensatez y el buen gusto de elegir prendas que vayan con el color de su cabello y de su piel.

Llevaba su vestido de seda verde oscuro, que siempre le había gustado a pesar de estar pasado de moda y casi raído. Su diseño sencillo, de cintura alta y mangas rectas, le confería cierta elegancia intemporal que no quedaba anticuada tan rápidamente como otros cortes más rebuscados y a la moda.

—Gracias —dijo.

—Imagino —prosiguió él— que algún pintor tuvo que mezclar con cuidado sus colores y usar un pincel muy fino para crear el peculiar color de sus ojos. Es muy poco frecuente, por no decir único.

Verity sonrió mirando las llamas danzarinas. Los hombres siempre se deshacían en cumplidos hacia sus ojos, aunque ninguno hubiera expresado así su admiración por ellos.

—Tengo un poco de sangre irlandesa, milord —contestó.

—Ah, la Isla Esmeralda —comentó él suavemente—. Tierra de beldades de roja cabellera y temperamento fogoso. ¿Es usted de temperamento fogoso, señorita Heyward?

—También tengo sangre inglesa en abundancia —repuso Verity.

—Ah, nosotros, los flemáticos y prosaicos ingleses —suspiró—. Me desilusiona usted. Venga a la mesa.

—Entonces ¿le gustan las mujeres de temperamento fuerte, milord? —preguntó ella mientras se sentaban.

—Eso depende absolutamente de la dama en cuestión —contestó Julian—. Si creo que puede derivarse algún placer de su doma, entonces sí, indudablemente —tomó la botella de vino que había sobre la mesa, la descorchó y procedió a llenar sendas copas.

Mientras estaba ocupado, Verity lo miró con detenimiento por primera vez desde que habían salido del teatro. Era guapo casi hasta un punto aterrador, aunque le habría resultad difícil precisar por qué resultaba temible su belleza. Quizá fueran su arrogancia o su aplomo, más que su apostura, lo que la hacía desear volver al camerino y rehusar la invitación. Parecían estar completamente solos, a pesar de que dos camareros les habían llevado la comida y estaban disponiéndola sobre la mesa. O quizá fuera su atractivo sensual y la certeza de que la deseaba.

Julian levantó su copa y extendió el brazo hacia ella.

—Por una amistad nueva —dijo, mirándola a los ojos a la luz trémula de las velas—. Para que prospere.

Ella sonrió, tocó el borde de la copa del vizconde con la suya y bebió. Sintió alivio al comprobar que su mano no temblaba, pero se sintió casi como si hubiera tomado una decisión o sellado un pacto.

—¿Cenamos? —sugirió él cuando los camareros se retiraron y cerraron la puerta. Señaló los platos de fiambre y verduras, la cesta de pan fresco y el cuenco de frutas.

Verity se dio cuenta de pronto de que tenía hambre, pero no sabía si podría comer. Se sirvió una porción modesta.

—Dígame, señorita Heyward —comenzó el vizconde mientras la veía untar un panecillo con mantequilla—, ¿es siempre tan parlanchina?

Ella se detuvo y volvió a mirarlo sin querer. Le gustaba conversar, como a la mayoría de las mujeres de su clase social, pero ignoraba qué temas convenía tratar en una ocasión semejante. Nunca había cenado tête-a-tête con un caballero, ni había estado a solas con un hombre bajo ninguna circunstancia, más allá de media hora y en un lugar donde pudiera verla fácilmente una carabina.

—¿De qué desea que le hable, milord? —preguntó con genuino interés.

Él la miró unos instantes con expresión divertida.

—¿De sombreros? —preguntó—. ¿De joyas? ¿De su última expedición de compras?

Así pues, no tenía en gran estima la inteligencia de las mujeres. O quizá de las mujeres como ella. De su tipo.

—Pero ¿de qué desea usted que le hable, milord? —insistió antes de dar un mordisco al panecillo.

Él pareció aún más divertido.

—De usted —contestó sin vacilar—. Hábleme de usted, señorita Heyward. Empiece por su acento. No consigo situar su procedencia. ¿De dónde es?

Para sus horas de trabajo, Verity había adoptado un acento que le permitía disimular el hecho de que había nacido en una familia de origen noble y había recibido una educación esmerada.

—Los acentos se me pegan muy fácilmente —mintió—. Y he vivido en muchos sitios. Supongo que hay un rastro de todos ellos en mi forma de hablar.

—Y para complicar las cosas —repuso él—, alguien le ha dado clases de dicción.

—Desde luego —sonrió—. Incluso siendo bailarina debe una aprender a no asesinar la lengua inglesa cada vez que habla, milord. Si una espera progresar en su oficio, claro.

Julian la miró en silencio unos instantes, con el tenedor suspendido a medio camino de la boca. Verity sintió que se sonrojaba. ¿En qué oficio se imaginaba él que quería prosperar?

—En efecto —contestó el vizconde con voz aterciopelada, y se llevó el tenedor a la boca—. Pero ¿qué sitios son éstos? Dígame dónde ha vivido. Hábleme de su familia. Vamos, no podemos limitarnos a mascar la comida en silencio, ¿sabe? No hay nada peor para deshacer la compostura.

Su vida parecía haberse convertido en un cúmulo de mentiras. En ambos mundos tenía que ocultar la verdad. A veces activamente, lo cual suponía la invención de una patraña tras otra. Conocía hasta cierto punto dos lugares: el pueblecito del condado de Somerset en el que había vivido durante veintidós años, y Londres, donde vivía desde hacía dos meses. Habló, sin embargo, de Irlanda, recurriendo a las historias que le contaba su abuela materna cuando era una niña; de la ciudad de York, donde una vecina amiga suya había vivido una temporada, y de un par de sitios más sobre los que había leído.

Confiaba fervientemente en que el vizconde no conociera bien ninguno de esos lugares. Inventó una familia ficticia: un

padre herrero, una madre afectuosa muerta hacía cinco años, tres hermanos y tres hermanas, todos ellos mucho más jóvenes que ella.

—¿Vino a Londres buscando fortuna? —preguntó él—. ¿No ha bailado en ningún otro sitio?

Verity vaciló, pero no quería que el vizconde la considerara inexperta, fácil de manipular.

—Claro que sí —contestó—. Varios años, milord —sonrió mirándolo a los ojos mientras tomaba una pera del frutero—. Pero, ya se sabe, al final todos los caminos conducen a Londres.

Se sobresaltó ante la mirada de puro deseo que vio arder un instante en los ojos de Julian al seguir el movimiento de su mano. Pero aquella mirada quedó velada de inmediato detrás de los párpados indolentes y una sonrisa ligeramente burlona.

—Claro, claro —dijo con voz queda—. Y quienes pasamos la mayor parte de nuestro tiempo aquí nos beneficiamos encantados de la experiencia en artes diversas que personas como usted adquieren en otros sitios.

Verity mantuvo los ojos fijos en la pera que estaba pelando. Descubrió con desaliento que era muy jugosa. Pronto tuvo las manos manchadas de jugo. Y su corazón latía con violencia. De pronto, inexplicablemente, tenía la impresión de haberse adentrado en terreno peligroso. El aire parecía crepitar a su alrededor. Se lamió los labios y no se le ocurrió cómo responder.

La voz de Julian sonó divertida cuando volvió a tomar la palabra:

—Habiéndola pelado, señorita Heyward —dijo—, está usted obligada a comérsela, ¿sabe? Sería un crimen desperdiciar una pieza tan excelente.

Ella se llevó a la boca una mitad de la pera y mordió. El jugo chorreó hasta el plato y un poco goteó por su barbilla. Verity echó mano de la servilleta, azorada, consciente de que él la estaba observando. Pero antes de que pudiera agarrarla, el vizconde alargó el brazo y con uno de sus largos dedos recogió la gota de zumo que estaba a punto de manchar su vestido. Verity levantó los ojos, sobresaltada, y vio que se llevaba el dedo a la boca y se tocaba la lengua. Mientras tanto no apartó los ojos de ella.

Verity sintió una aguda punzada en el vientre y entre los muslos. Notó que un arrebató de rubor cubría sus mejillas. Se sentía como si hubiera corrido una milla cuesta arriba.

—Muy dulce —murmuró él.

Ella se levantó de un salto, empujando la silla con las corvas. Enseguida lamentó haberlo hecho. Notaba flojas las piernas. Se acercó de nuevo a la chimenea y estiró las manos como si quisiera calentárselas, a pesar de estar acalorada.

En medio del silencio que siguió, respiró hondo varias veces para calmarse. Luego vio por el rabillo del ojo que él se acercaba al otro lado del hogar y apoyaba un brazo sobre la alta repisa de la chimenea. La estaba mirando. Había llegado el momento, se dijo Verity. Ella misma lo había precipitado. Un instante después le sería formulada la pregunta y tendría que contestar. Pero seguía ignorando cuál sería la respuesta. O quizá sí lo sabía. Quizá sólo se estaba engañando a sí misma, haciéndose creer que todavía tenía elección. Había tomado una decisión en el camerino. No,

antes incluso. Aquello era una taberna, parte de una posada. Sin duda el vizconde había apalabrado un aposento, así como un comedor privado. Unos minutos después.

¿Qué se sentiría? Ni siquiera sabía qué debía esperar exactamente. Los hechos elementales, sí, desde luego.

—Señorita Heyward —dijo él, sobresaltándola de nuevo—, ¿qué planes tiene para Navidad?

Volvió la cabeza para mirarlo. ¿Para Navidad? Faltaba una semana y media. Pasaría las fiestas con su familia, claro. Sería su primera Navidad lejos de casa, la primera sin sus amigos y vecinos de siempre. Pero al menos se tenían aún las unas a las otras y seguían juntas. Habían decidido darse el lujo de comprar un ganso y celebrar el día haciéndose los pequeños regalos que pudieran permitirse. La Navidad había sido siempre su época preferida del año. De algún modo restablecía la esperanza y le recordaba las cosas verdaderamente importantes de la vida: la familia, el amor y el desprendimiento para con los demás.

El desprendimiento...

—¿Tiene planes? —insistió él.

No podía decirle que iba a pasar las fiestas en casa, con su gran familia, en la herrería de Somerset. Sacudió la cabeza.

—Tengo previsto pasar una semana tranquila en el condado de Norfolk, con un amigo y su, eh, su dama —añadió el vizconde—. ¿Consideraría usted acompañarme?

Una semana tranquila. Un amigo y su dama. Verity entendía, desde luego, a qué se refería y a qué la estaba invitando. Si decía que sí, pensó, la suerte estaría echada. Se

zambulliría irrevocablemente en un mundo del que le sería imposible volver. Una vez deshonrada, no recuperaría jamás su virtud, ni su honor.

Si aceptaba, pasaría la Navidad lejos de casa por primera vez. Lejos de mamá y de Chastity. Una semana entera. ¿Merecía la pena tamaño sacrificio? Eso por no hablar del sacrificio de su persona.

Él pareció leerle el pensamiento.

—Quinientas libras, señorita Heyward —dijo en voz baja—. Por una semana.

¿Quinientas libras? Se le quedó la boca seca. Era una suma colosal. ¿Sabía él lo que suponían quinientas libras para alguien como ella? Claro que lo sabía. Eran una tentación irresistible.

A cambio de una semana de servicios. Siete noches. Siete, cuando una sola le parecía insoportable. Pero una vez pasada la primera, las otras seis apenas importarían.

Chastity tenía que volver a visitar al médico. Necesitaba más medicinas. Si moría porque no podían permitirse el tratamiento adecuado para su enfermedad, ¿cómo se sentiría, se preguntó, sabiendo que había estado en su mano conseguir el dinero necesario? ¿Qué acababa de decirse acerca de la Navidad?

El desprendimiento para con los demás...

Sonrió mirando el fuego.

—Sería muy agradable, milord —dijo, y escuchó con cierto asombro las palabras que salieron inopinadamente de su boca—, siempre y cuando me pague por adelantado.

Volvió la cabeza para mirarlo al ver que no contestaba de inmediato. Seguía con el codo apoyado en la repisa de la chimenea y su puño cerrado descansaba contra su boca. Sus ojos tenían una expresión divertida.

—Podemos llegar a un acuerdo, desde luego —contestó—. ¿La mitad antes de marchar y la otra mitad cuando regresemos?

Ella asintió con la cabeza. Doscientas cincuenta libras antes incluso de salir de Londres. Una vez aceptado el pago, se habría arrinconado a sí misma. No podría negarse a cumplir su parte del trato. Intentó tragar saliva, pero la sequedad de su boca se lo impidió.

—Espléndido —dijo él con energía—. Vamos, es tarde. La acompañaré a casa.

Entonces ¿esa noche iba a escapar? Por una parte sintió un alivio que la hizo desfallecer. Por otra, estaba extrañamente desilusionada. Lo peor podría haber pasado en una hora si, como esperaba, él hubiera reservado una habitación y la hubiera invitado a acompañarlo. Sentía un profundo temor al pensar en la primera vez. Imaginaba, ingenuamente quizá, que después de aquello, una vez consumado el hecho, deshonorada ya sin remedio, cuando supiera lo que se sentía, le sería más fácil repetirlo. Sin embargo, parecía que tendría que esperar hasta que partieran rumbo al condado de Norfolk para consumir su caída.

Él había agarrado su manto y se lo estaba poniendo sobre los hombros. Verity volvió en sí de repente, dándose cuenta de lo que acababa de decir.

—No, gracias, milord —contestó—. Prefiero volver sola a casa. ¿Tendría la amabilidad de llamar un coche de punto?

Él le hizo darse la vuelta y, apartándole las manos, le abrochó los botones del manto. Una vez completada la tarea, la miró a los ojos.

—¿Va a hacerse la esquivia hasta el final, señorita Heyward? —preguntó—. ¿O es que hay alguien en casa y usted prefiere que no me vea?

Estaba claro lo que quería dar a entender. Y tenía razón, naturalmente, aunque no hubiera acertado del todo. Verity le sonrió.

—Le he prometido una semana, milord —dijo—. Y deduzco que esa semana no empieza esta noche, ¿no es así?

—En efecto —contestó él—. Tendrá su coche de punto y podrá, por tanto, guardar sus secretos. Creo de todo corazón que estas navidades van a ser más... interesantes que de costumbre.

—Confío en que esté en lo cierto, milord —repuso ella con toda la indiferencia de que fue capaz, y se encaminó hacia la puerta.

Capítulo 3

Julian tenía frío, estaba cansado y de mal humor cuando el pabellón de caza de Bertrand Hollander apareció por fin ante su vista al ponerse el sol, una tarde particularmente gris y tristona, dos días antes de Navidad. Se sentiría mucho mejor, se dijo, una vez dentro, cuando pudiera disfrutar de un buen fuego y un poco de coñac y regodearse pensando en la noche que tenía por delante. Pero, de momento, no lograba convencerse de que aquella Navidad iba a ser un puro deleite.

Había recorrido a caballo todo el trayecto desde Londres, a pesar de que en su cómodo y bien engrasado carruaje viajaba una sola persona. Esa mañana le había parecido buena idea: ella se sentiría intrigada al verlo cabalgar más allá de las ventanillas del carruaje, y él se reconfortaría pensando en reunirse con ella en algún momento de la tarde. Pero a mediodía, cuando habían parado para comer y cambiar de monturas, la señorita Blanche Heyward lo había exasperado notablemente. No, eso era quedarse muy corto. Le había puesto de un humor de perros.

Y todo por una chuchería de nada, por un mísero puñado de oro.

Julian pensaba dárselo por Navidad. Quizá fuera innecesario darle un regalo, dado que iba a pagarle muy bien por sus servicios. Pero para él la Navidad había sido siempre época de regalos, y sabía que iba a echar de menos Conway y sus celebraciones de costumbre. Así pues, le había comprado un regalo y había invertido en elegirlo mucho más tiempo del que solía gastar escogiendo algún obsequio para sus

amantes. Dejándose llevar por su instinto había evitado, además, el brillo chillón de las piedras preciosas.

Movido por un impulso, había resuelto dárselo en el encantador escenario del salón de la posada en la que habían comido, en vez de esperar al día de Navidad. Ella, sin embargo, se había limitado a mirar la caja que le ofrecía y no había hecho ademán de agarrarla.

—¿Qué es? —había preguntado con la serena dignidad que Julian empezaba a reconocer como uno de los rasgos de su carácter.

—¿Por qué no lo ve usted misma? —había sugerido él—. Es un regalo de Navidad anticipado.

—No es necesario —ella lo había mirado a los ojos—. Me paga usted muy bien, milord, por lo que voy a darle a cambio.

Sus palabras le habían producido una incómoda tensión en la entrepierna, aunque no estaba del todo seguro de que esa fuera su intención al pronunciarlas. Había sentido, por otro lado, una primera punzada de enojo. ¿Iba a mantenerlo así, con la mano tendida, como un tonto, hasta que se le enfriara la comida? Al final, ella había extendido lentamente la mano, había tomado la caja y la había abierto. Julian la había mirado casi con ansiedad. ¿Había cometido un error al no elegir diamantes o rubíes, o esmeraldas, quizá?

Ella se había quedado mirando la caja largo rato sin decir nada ni moverse para tocar su contenido.

—Es la estrella de Belén —había dicho por fin.

Era una estrella, sí, una estrella de oro en una cadena de oro. Pero a Julian no se le había ocurrido que fuera la

estrella de la Navidad. La descripción, sin embargo, parecía acertada.

—Sí —había dicho, y se había despreciado por lo que había preguntado a continuación, pero las palabras se le habían escapado sin que pudiera impedirlo—. ¿Le gusta?

—Su sitio está en el cielo —había respondido ella tras un largo silencio durante el cual había seguido mirando el colgante como si se hubiera olvidado de Julian y de cuanto la rodeaba—. Como símbolo de esperanza. Como señal para todos aquellos que buscan el significado de su vida. Como meta en la búsqueda de la sabiduría.

¡Santo Dios! Julian se había quedado sin habla.

Ella había levantado la vista y lo había mirado directamente con aquellos espléndidos ojos de color esmeralda.

—No debería poder comprarse con dinero, milord —había dicho—. No es un regalo adecuado de una persona como usted para una persona como yo.

Julian le había sostenido la mirada con una ceja levantada mientras intentaba dominar su furia. ¿De una persona como él? ¿Qué demonios quería dar a entender?

—¿He de entender, señorita Heyward que no le gusta mi regalo? —había preguntado, impregnando su voz de todo el hastío de que fue capaz—. Dios mío, debería haberle dicho a mi criado que escogiera una pulsera de diamantes en vez de esto. Lo informaré de que está usted de acuerdo conmigo en que tiene un gusto execrable.

Ella lo había mirado a los ojos unos segundos más. No parecía ofendida por su desaire.

—Lo siento —había dicho de pronto, sorprendiéndolo—. Le he ofendido. Es muy bonito, milord, y demuestra que tiene usted un gusto impecable. Gracias —había cerrado la caja y la había guardado en su bolsito.

Habían seguido comiendo en silencio y Julian había tenido de pronto la sensación de estar comiendo paja.

Había vuelto a montar a caballo al proseguir el viaje, dejándola a solas en su carruaje. Y durante el resto de la jornada no había hecho otra cosa que alimentar su enfado. ¿Qué demonios quería decir con que no era un regalo apropiado de una persona como él para una persona como ella? ¡Cómo se atrevía! ¿Y por qué era inadecuado, aunque la estrella de oro pudiera tomarse por la estrella de Belén? La estrella era un símbolo de esperanza, había dicho ella, una señal para aquellos que persiguen la sabiduría e intentan darle sentido a su vida.

¡Menuda pamplina!

¿Acaso los tres sabios de la historia de Navidad, si habían existido, si de veras habían sido sabios y si en efecto eran tres, habían cruzado el desierto en sus camellos cargados con sus ofrendas con la esperanza de encontrar la sabiduría y el sentido de la vida? Era mucho más probable que intentaran escapar de parientes demasiado afectuosos que intentaban casarles con el equivalente bíblico de la señorita Plunkett. O que esperaran encontrar algo que satisficiera sus estragados sentidos.

Debían de ser asquerosamente ricos, si habían emprendido aquel viaje absurdo sin miedo a quedarse sin dinero. Sólo de chiripa habían descubierto algo que valía más

que el oro, o que las dos especias que llevaban consigo. ¿Y qué rayos eran el incienso y la mirra, de todos modos?

Pues bien, él no era ningún sabio, aunque hubiera emprendido aquel viaje con su patético puñado de oro. Y aunque esperara encontrar satisfacción para sus sentidos al final de la jornada. Eso era lo único que quería: pasar unos días alegres con Bertie y unas cuantas noches apasionadas en la cama con Blanche. Al diablo con la esperanza, la sabiduría y el sentido de la vida. Él sabía muy bien qué rumbo tomaría su vida después de esa semana. Iba a casarse con lady Sarah Plunkett y a tener hijos con ella, hasta que en el cuarto de los niños hubiera un heredero varón y otro de repuesto, como solía decirse. Después, llevaría una vida respetable por siempre jamás.

Iba a nevar, se dijo mirando los nubarrones. Iban a tener una blanca Navidad. Pero la perspectiva no le produjo la euforia que habría sentido normalmente. En Conway habría niños de todas las edades, desde los dos años a los ochenta, mirando el cielo y haciendo planes para lanzarse en trineo, organizar peleas de bolas de nieve, salir a patinar y hacer muñecos de nieve. Experimentó una incómoda oleada de nostalgia.

Pero habían llegado por fin al pabellón de caza de Bertie, que parecía más una pequeña mansión solariega que la modesta casita que esperaba Julian. Dentro se veía la luz acogedora de las velas, y un hilo de humo ascendía en volutas desde la chimenea. Julian se apeó del caballo haciendo una mueca al sentir los miembros rígidos y con una seña despidió al lacayo que se disponía a abrir la puerta del carruaje y desplegar los escalones. Realizó él mismo esas

operaciones y tendió una mano para ayudar a apearse a su querida.

Ésa era otra, pensó cuando ella puso la mano enguantada en la suya y se bajó del carruaje. No parecía en absoluto el ave del paraíso que Julian se había imaginado llevando al campo. Iba recatadamente vestida con un traje de lana gris y un manto largo del mismo color, guantes negros y botas de media caña, también negras. Se había apartado de la cara el cabello, aquella hermosísima melena cobriza, que apenas se veía bajo un sombrerito sencillo y anodino. No llevaba ni rastro de maquillaje, aunque había que reconocer que estaba muy guapa sin él. Pero parecía, más que una ramera, una dama.

—Gracias, milord —dijo mientras levantaba la mirada hacia la casa.

—Confío en que no haya pasado frío con las mantas de viaje —dijo él.

—No, nada de eso —le sonrió.

Una cosa al menos tenía clara Julian cuando se volvió hacia Bertie, que estaba en la puerta abierta, frotándose las manos con una sonrisa de bienvenida en la cara: seguía esperando con fruición que llegara la noche. Quizá con más impaciencia que nunca. Había algo extrañamente estimulante en la señorita Blanche Heyward, bailarina de la ópera y entendida en la estrella de Belén.

Verity sintió vergüenza, más que cualquier otra emoción, durante la primera hora que pasó en el pabellón de caza de Bertrand Hollander, un término muy poco adecuado, a su juicio, para aquella casona de buen tamaño, acogedora y ricamente amueblada, que el caballero utilizaba sólo durante

la temporada de caza. Y para pasar en secreto las vacaciones con su amante, desde luego.

Era esa idea la que le causaba vergüenza. El señor Hollander parecía un caballero muy amable. Tenía un semblante cordial, era bien parecido y vestía con pulcra elegancia. Los recibió calurosamente y les instó a sentirse como en casa durante la semana siguiente y a olvidarse de formalidades y ceremonias.

A ella, Verity, la saludó con galantería, tomando su mano y llevándosela a los labios antes de ponerla sobre su brazo y conducirla al interior de la casa mientras le rogaba que lo mandara llamar en cualquier momento, si en algo podía servirle para que se sintiera más a su gusto.

Y sin embargo había algo en sus modales, una cierta familiaridad, que evidenciaba que no se estaba dirigiendo a una dama, sino a una mujer de otra clase muy distinta. Estaba, por ejemplo, el modo en que la había mirado de la cabeza a los pies antes de sonreír al vizconde Folingsby.

No había sido una mirada insolente, pero sí admirativa. Hollander no habría mirado así a una señorita de bien, al menos mientras ella pudiera verlo. Y tampoco se habría permitido tutear a una dama. Porque el señor Hollander la tuteaba.

—Ven al salón, Blanche. El fuego está encendido —le dijo—. Pronto haremos que entres en calor. Ven a conocer a Debbie.

Debbie era la otra mujer, la amante del señor Hollander. Era rubia, bonita, rolliza y plácida. Hablaba con un rotundo acento de Yorkshire. No se levantó del sillón en el que estaba

arrellanada junto al fuego, pero dedicó a los recién llegados una sonrisa cargada de simpatía e indolencia.

—Siéntate aquí, Blanche —dijo, señalando el sillón del otro lado de la chimenea—. Bertie pedirá que traigan el té, ¿verdad que sí, cariño? Vaya, pareces helado, Jule. Más vale que acerques una silla al fuego. A no ser que quieras que Blanche se siente en tu regazo, claro.

Mientras tomaba asiento y se quitaba los guantes y el sombrero, pues ningún criado se había ofrecido a llevárselos en el vestíbulo de la casa, Verity comprendió con asombro que Debbie estaba hablando con el vizconde Folingsby. Miró a su flamante protector, pero Julian se había inclinado sobre la mano tendida de Debbie y estaba llevándosela a los labios.

—Es un placer —dijo—. Confío en que no pienses pedir té para mí también, Bertie.

Su amigo soltó una carcajada y, cruzando la habitación, se acercó a un aparador en el que se veía una hilera de botellas y vasos. Verity vio con alivio que el vizconde arrimaba una silla para sentarse, pero cuando regresó con sendos vasos de licor para su amigo y para él, el señor Hollander miró a Debbie levantando una ceja. Ella suspiró, se levantó del sillón y, después de que él se sentara, se acomodó sobre sus rodillas.

Verity se resistía a sentirse escandalizada. Se negaba a demostrar su indignación incluso por los gestos más nimios. Eran dos caballeros con sus amantes. Y ella se había puesto en ese lugar por decisión propia. Tenía ya más de doscientas libras guardadas a buen recaudo en un cajón de su casa. El resto del anticipo lo había gastado en otra visita al médico y más medicinas para Chastity. Llevaba una pequeña suma en

su monedero, dentro del bolsito. Era demasiado tarde para dar marcha atrás, aunque quisiera. El dinero no estaba intacto y, por tanto, no podía devolverlo.

Así pues, se había resignado a lo inevitable. Pero había tomado una decisión durante los días transcurridos desde que aceptara la proposición del vizconde Folingsby. No iba a representar un papel, más allá de lo acordado con el vizconde. Hablaba con cierto acento para disimular el refinamiento de su dicción. Había inventado una familia de herreros en el condado de Somerset. Pero no pensaba ir más allá. No iba a ser premeditadamente vulgar o estúpida, ni a asumir cualquier otro rasgo de carácter que imaginara propio de una querida.

Había llevado consigo la ropa que solía usar en casa. Se había peinado como de costumbre. Había cumplido su parte del trato yendo allí. Y seguiría cumpliéndola quedándose durante las fiestas y permitiendo que el vizconde le hiciera eso. Seguía resistiéndose a pensar en los detalles y en la inquietud que le ocasionaba ignorar casi todo sobre ellos. No había podido preguntar a su madre, naturalmente, como hubiera hecho si fuera a casarse y tuviera que afrontar su noche de bodas.

Les había dicho a su madre y a Chastity que lady Coleman se iba al campo a pasar las navidades y necesitaba que la acompañase. Les había dicho que iba a pagarle una generosa bonificación por ello, aunque no había mencionado la astronómica suma de quinientas libras. Las dos se habían llevado un disgusto al saber que no estaría en Navidad, y Verity había derramado algunas lágrimas junto a ellas, pero

se habían consolado pensando que, como invitada de la casa, se lo pasaría en grande.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó el vizconde de repente, devolviéndola al cuarto de estar del señor Hollander, al que un sirviente acababa de llevar una bandeja con el té. El vizconde se inclinó y tomó una de sus manos. Las de él estaban calientes; las de ella, no—. Quizá debería haberla acurrucado sobre mi regazo, después de todo.

—Creo que de momento bastará con el fuego y el té, milord —contestó ella antes de fijar su atención en el señor Hollander, que les sonreía con simpatía—. Nunca había estado en esta parte del mundo, señor. Hábleme de ella. ¿Qué bellezas de la naturaleza la caracterizan? ¿Cuál es su historia? ¿Qué edificios de renombre hay por estos contornos?

No quería permanecer muda, preguntándose qué temas de conversación eran los más apropiados para una bailarina de la ópera amante de un caballero.

—Eh, Bertie, cariño —dijo Debbie—, en la parte de atrás hay un jardín muy bonito. Cuéntaselo a Blanche. Dile lo del columpio del árbol.

Verity no estaba pensando en columpios precisamente, pero se acomodó en su sillón con una sonrisa mientras el sirviente le daba su té. El vizconde Folingsby soltó su mano.

—Por ahora —murmuró—. Pero luego, Blanche, te ruego que me permitas ocupar el lugar del fuego y el té.

Ella tardó un momento en comprender que se refería a su comentario anterior. De pronto deseó haberse sentado algo más lejos del fuego. Sentía que le ardía la cara.

La Navidad ya no parecía tan cerca, pensó de repente. Al día siguiente era Nochebuena. Durante unos instantes sintió la congoja de las lágrimas en la garganta.

Tenía que haber buen número de dormitorios en la casa, pensó Julian esa noche mientras bajaba por la escalera con Blanche del brazo. Pero Bertie sólo les había asignado uno, por supuesto. Era una habitación grande, con vistas al parquecillo arbolado de detrás de la casa. La caldeaba un fuego encendido en una gran chimenea y estaba iluminado por un solo candelabro. Las pesadas cortinas de terciopelo de la cama estaban descorridas y las mantas apartadas.

Se alegraba de no haber poseído a Blanche antes de esa noche, pensó al cerrar la puerta y apagar la vela que había alumbrado su ascenso por la escalera. Llevaba más de una semana pensando con delectación en ese momento. Esa noche, el deseo había ido incrementándose. Ella presentaba un aspecto casi recatado con el vestido de seda verde que llevaba la noche que cenaron juntos por primera vez y el pelo austeramente recogido, aunque no sin atractivo.

Se conducía, además, como una dama: había mantenido a flote la conversación durante la cena y también después, en el cuarto de estar, con observaciones acerca del viaje, de los adornos navideños, los cantores de villancicos de Londres y las conversaciones de paz que estaban celebrándose en Viena, nada menos, ahora que Napoleón Bonaparte había sido derrotado y estaba prisionero en la isla de Elba. Había preguntado a Bertie qué planes había hecho para celebrar la Navidad. Bertie había acusado cierta sorpresa y se había

quedado en blanco. Estaba claro que no tenía ningún plan, más allá de divertirse con la bonita y pechugona Debbie.

Paradójicamente, el recato y los nobles modales de Blanche habían excitado a Julian. Se le antojaban eróticos.

Y ella tenía tantos encantos que no podía disimularlos todos.

—Ven aquí —le dijo ahora.

Ella se había parado delante del fuego y tendía las manos hacia las llamas. Volvió la cabeza, le sonrió y se acercó a él. Era muy lista, pensó Julian. Sin duda sabía que demostrar una avidez excesiva apagaría su deseo. Aunque también cabía la posibilidad de que no estuviera tan ansiosa como él. A fin de cuentas, para ella era un trabajo. Pero eso iba a cambiar muy pronto, de eso se encargaba él. Puso las manos a ambos lados de su talle y la apretó contra sí, pegándola a su cuerpo de cintura para abajo. Sintió la delgadez de sus largas piernas, la lisura de su vientre. Su respiración se aceleró. Ella lo miró a los ojos con una media sonrisa en los labios.

—Por fin —dijo Julian.

—Sí —su sonrisa no vaciló. Ni tampoco su mirada.

Julian bajó la cabeza y la besó. Ella mantuvo los labios cerrados. Él los acarició con los suyos y movió lentamente la lengua para que entreabriera la boca. Ella echó la cabeza hacia atrás.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, jadeante.

Él la miró con desconcierto. Pero antes de que pudiera responder a aquella pregunta absurda, su mirada de

asombro desapareció, sonrió de nuevo y posó las manos sobre sus hombros.

—Disculpa —dijo—. Has empezado un poco deprisa para mí. Ya estoy lista —volvió a acercar la boca a la de él y entreabrió ligeramente los labios trémulos.

¿Qué demonios...?

Una sospecha cristalizó en su mente. Cerró los brazos en torno a ella y le hundió la lengua en la boca sin miramientos. Ella no hizo intento de apartarse, pero se quedó rígida durante unos instantes antes de relajarse hasta quedar casi inerte. Julian adelantó las manos con determinación y tocó sus pechos, apretando los pezones con los pulgares. De nuevo sintió que ella se tensaba antes de relajarse.

Un momento después la miró con los ojos entornados y las manos a ambos lados de su cintura.

—Bueno, señorita Heyward —dijo con voz queda—, ¿qué le ha parecido su primer beso?

—Mi primer... —ella lo miró con perplejidad.

—Sería sumamente extraño, creo —añadió Julian—, que dentro de unos minutos descubriera en esa cama que también eres virgen.

Ella no supo qué contestar.

—¿Y bien? —insistió él—. ¿Quieres que haga la prueba? —la vio tragar saliva.

—Hasta la ramera más curtida —contestó por fin— fue virgen alguna vez, milord. Para todo hay una primera vez. No voy a resistirme, ni a gimotear, ni voy a negarle lo que desea, si es eso lo que teme. Me paga usted muy bien. Haré lo que sea preciso.

—¿De veras? —contestó y, soltándola, cruzó la habitación hasta la chimenea para empujar un leño con el pie hacia las llamas. Contempló la lluvia de chispas resultante—. Yo no pago por el placer de contemplar un martirio.

—No estaba haciéndome la mártir —protestó ella—. Me habéis pillado por sorpresa. No sabía que... Estoy perfectamente dispuesta a hacer lo que deseáis que haga. Lo lamento, si al principio me muestro torpe. Pero esta noche aprenderé, y mañana por la noche tendré una idea más clara de lo que esperáis de mí. Confío en que... Quizá, dadas las circunstancias, consideréis que ya me habéis pagado suficiente. Soy de la misma opinión. Intentaré ganarme el resto de mi salario.

¿Era consciente, se preguntó Julian con cierta perplejidad, de que estaba arrojando un jarro de agua fría sobre su deseo con cada una de sus palabras? El enfado empezaba a ocupar el lugar del deseo. No, la furia. Aunque no contra ella. Blanche no le había mentido respecto a su experiencia amorosa, ¿no? Su furia iba dirigida contra sí mismo y su pretendida astucia. Iba a reservarla para la casa de Bertie, ¿no? Paladearía su expectación hasta que fuera demasiado tarde para cambiar de idea, para ir a Conway, como era su deber. Tendría un último devaneo amoroso, ¿no?, antes de cumplir su deber para con su familia y su apellido. Le estaba bien empleado.

En medio del desierto, lejos de su hogar, ¿se habrían considerado unos necios los tres sabios?

—Yo no trafico con vírgenes, señorita Heyward —dijo, cortante.

—Ah —repuso ella—, entonces ¿no quiere ver lo que ha comprado, milord?

Él levantó las cejas, sorprendido, y volviendo la cabeza la miró en silencio durante unos instantes. Aquella mujer tenía armas bien afiladas y las empuñaba sin escrúpulos.

—¿El dinero lo necesitas para ti? —le preguntó al apartarse del fuego—. ¿O es tu familia la que está en apuros? —después de formular las preguntas, se dio cuenta de que no quería saberlo. No sentía deseos de conocer a Blanche Heyward como persona. Lo único que quería era mantener una última aventura apasionada con una compañera atractiva, experimentada y complaciente.

—No tengo por qué contestar a eso —dijo ella—. Le devolveré todo lo que pueda cuando regresemos a Londres. Pero sigo estando dispuesta a ganarme mi salario.

—Que yo recuerde —repuso Julian—, acordamos pasar una semana juntos a cambio de cierta suma, Blanche. No mencionamos que tuvieras que calentarme la cama durante ese tiempo, ¿no es así? Pasaremos la semana aquí. Es demasiado tarde ya para rehacer nuestros planes navideños. Además, los nubarrones de esta tarde presagiaban nieve. Así pues, salvaremos lo que podamos de estas fiestas. Puede que sean las navidades más lúgubres que hayamos pasado nunca, pero quién sabe. Quizá no. Quizá decida enseñarte a besar para que tu próximo... jefe descubra tu secreto cuando esté más metido en faena que yo. Desvístete y métete en la cama. Hay un vestidor para que salvaguardes tu pudor.

—¿Dónde dormirá usted? —preguntó ella.

Julian miró el suelo, que por suerte estaba alfombrado.

—Aquí —dijo—. Como comprenderás, no me apetece que Bertie se entere de que no hemos pasado la noche en un tórrido abrazo.

—Quédese con la cama —repuso ella—. Yo dormiré en el suelo.

Julian sintió unas inesperadas ganas de reír.

—Ya te he dicho, Blanche —contestó— que no siento ningún deseo de asistir a un martirio. Acuéstate antes de que cambie de idea.

Unos minutos después, cuando salió del vestidor vestida como un virginal camisón de franela blanca, la cabeza muy alta, las mejillas sonrojadas y el cabello cobrizo suelto, Julian se había hecho un jergón en el suelo, cerca del fuego, con unas mantas que encontró en un cajón y una almohada de la cama. La miró sólo un momento, esperó a que se acostara y se tapara hasta las orejas y luego apagó las velas.

—Buenas noches —dijo mientras se dirigía a su cama improvisada a la luz del fuego.

—Buenas noches —respondió ella.

Qué castigo tan maravillosamente justo para sus pecados, se dijo Julian al tumbarse y sentir la dureza del suelo. Pero ¿por qué demonios lo hacía? Ella estaba dispuesta y él le había pagado bien. Bien sabía el cielo que la había deseado con ardor, y que seguía deseándola.

No era, en realidad, rechazo a violar su inocencia, se dijo, ni repugnancia ante la idea de enfrentarse a las incomodidades y a la sangre inevitable. Era exactamente lo que había dicho: no sentía ningún deseo de asistir a un martirio, ni de infligirlo.

«No voy a resistirme, ni a gimotear, ni a negarle lo que desea».

Si había palabras menos eróticas, no se le ocurrían cuáles podían ser. ¡Un puro martirio! Si al menos le hubiera apetecido, si ella lo hubiera deseado un poco, aunque estuviera nerviosa.

La señorita Blanche Heyward no era la típica bailarina de la ópera, y él lo estaba descubriendo a su propia costa. De hecho, estaba resultando ser un auténtico incordio.

Menudas navidades iba a pasar. Pensó enfurruñado en Conway y en lo que se perdería al día siguiente, y el día de después. Hasta la señorita Plunkett le parecía levemente atractiva en ese instante.

—¿Qué habría hecho en Navidad si no hubiera venido conmigo aquí? —preguntó ella con voz suave, como si le hubiera leído el pensamiento.

Julian respiró hondo, audiblemente.

Quizás al día siguiente intentara hacerle entender que pasar una noche con él en la cama podía ser una experiencia navideña muy distinta a verse arrojada a un foso con varios leones. Pero, cosa rara en él, no tenía muchas esperanzas de éxito.

Curiosamente, se quedó dormido.

Capítulo 4

Verity no descansó bien esa noche, pero mientras yacía en la cama, mirando por la ventana los primeros albores del día más allá de las cortinas, le sorprendió haberse quedado dormida.

Del lado de la chimenea le llegaba el sonido de una respiración profunda y constante. Escucho con atención. No se oía nada más allá de la puerta. ¿Significaba eso que no había nadie levantado aún? Naturalmente, el señor Hollander y Debbie habrían estado ocupados toda la noche, y quizá pensaban seguir ocupados también parte de la mañana.

Esa mañana todo debería haber pasado ya, se dijo. Debería ser ya, sin remedio posible, una pérdida. El vizconde se equivocaba: no lo habría sentido como un acto de martirio. En su fuero interno se sentía un poco avergonzada al recordar lo excitante que le había parecido su cuerpo masculino y duro, lo asombrosamente placentero que había sido sentir su boca abierta contra los labios. Sus entrañas habían ejecutado una especie de enérgica danza cuando le había introducido la lengua en la boca. Qué cosa tan atterradoramente íntima. Debería haber sido desagradable, pero no lo era.

Bueno, se dijo con resuelta sinceridad, lo cierto era que había deseado llegar hasta el final. Y aunque lo negara, debía confesar ante sí misma que había sentido cierta desilusión por que él se negara a continuar.

Así pues allí estaban, atrapados en aquel ridículo aprieto, con todas las fiestas por delante. ¿Cómo iba a

ganarse quinientas libras si ya había pasado una noche y el vizconde había dormido en el suelo? Tenían toda la Navidad por delante. ¡Qué idea tan deprimente!

En ese instante, algo en la textura de la luz más allá de la ventana captó su atención. Retiró las mantas y sobreponiéndose a un estremecimiento al sentir el aire helado, cruzó la habitación descalza. Apartó la cortina.

¡Uy!

—¡Vaya! —exclamó en voz alta. Volvió la cabeza y miró con avidez al hombre dormido—. Venga a ver.

Él levantó la cabeza de la almohada. Estaba deliciosamente despeinado y sin afeitarse. Y tenía el ceño fruncido.

—¿Qué? —gruñó—. ¿Se puede saber qué hora es?

—Mire —insistió ella, volviéndose hacia la ventana—. ¡Mire!

El vizconde se acercó, vestido aún con la camisa, las calzas y las medias de la víspera.

—¿Y por esto me sacas de la cama? —le preguntó—. Ya te dije ayer que iba a nevar.

—¡Pero mire! —le rogó ella—. Es pura magia.

Cuando giró la cabeza, lo sorprendió mirándola a ella en lugar de la nieve que, más allá de la ventana, cubría el suelo como un manto y colmaba las ramas desnudas de los árboles.

—¿Siempre estás tan resplandeciente por las mañanas? —preguntó Julian—. ¡Qué horror!

Ella se echó a reír.

—Sólo cuando llega la Navidad y nieva —contestó—. ¿Se le ocurren dos acontecimientos más maravillosos que puedan suceder al mismo tiempo?

—Encontrar una cama caliente y blanda cuando estoy medio dormido y tengo todos los miembros agarrotados —repuso él.

—Quédese con mi cama, entonces —dijo ella, riendo otra vez—. Voy a quedarme levantada.

—Menuda impresión va a llevarse Bertie de mi poder para mantenerte entretenida y recluida en tu habitación —comentó él.

—El señor Hollander —repuso Verity— seguramente no saldrá de su habitación hasta mediodía, de modo que no se enterará de nada. Vuelva a la cama a dormir.

Julian obedeció. Cuando ella salió del vestidor, ataviada con su vestido de lana más abrigado, con el pelo cepillado y decentemente recogido, él estaba acostado en el lado de la cama en el que ella había yacido toda la noche, dormido como un tronco. Verity estuvo mirándolo unos segundos, pensando que si la noche pasada no hubiera sido tan torpe...

Sacudió la cabeza y cuadró los hombros. El señor Hollander no había hecho preparativos para Navidad. Sin duda pensaba que pasar unos cuantos días en la cama con la plácida Debbie constituía suficiente entretenimiento. Bueno, eso ya lo verían. A ella no le estaba permitido ganarse su salario como estaba previsto, así pues, lo menos que podía hacer era mostrarse útil de otra manera.

Dos cocheros, un lacayo, un mozo, una cocinera, el ayuda de cámara del señor Hollander y otros cuatro sirvientes que

en una casa más disciplinada habrían recibido el nombre de mayordomo, ama de llaves y dos doncellas, estaban desayunando abajo. Un par de ellos se levantaron atropelladamente cuando apareció Verity. Otros no. Saltaba a la vista que ninguno de ellos tenía claro si debían tratarla o no como a una dama. La cocinera parecía encabezar la facción que se decantaba por el no.

Verity sonrió.

—Por favor, no se levanten —dijo—. Sigán con su desayuno. Sin duda tienen todos un día muy ajetreado por delante.

Si así era, pensó Verity al ver sus semblantes, era la primera noticia que tenían al respecto.

—Preparándose para Navidad —añadió.

Podrían haber sido practicantes del hinduismo, a juzgar por el interés que demostraban en los preparativos navideños.

—El señor Hollander no quiere complicaciones —dijo la señora que podría haber pasado por ama de llaves.

—Dijo que podíamos hacer lo que quisiéramos, siempre y cuanto tengamos sus viandas listas cuando las quiera y los fuegos están encendidos —esta vez fue el posible mayordomo quien habló.

—Ah, estupendo —contestó Verity alegremente—. ¿Podría desayunar con ustedes, por cierto? No, por favor, no se levanten —nadie había hecho amago de ponerse en pie—. Ya me sirvo yo —eso hizo—. Si les han dado permiso para hacer lo que les plazca, quizá les apetezca celebrar la Navidad. De la manera tradicional, con ponche y comida

navideña, villancicos, regalos y adornando la casa con ramas de abeto y acebo y todo lo que consigamos, teniendo en cuenta que sólo tenemos un día por delante. Podemos pasarlo todos en grande.

—Cuando aso un ganso —declaró la cocinera—, no se necesita cuchillo para cortarlo. Hasta el borde de un tenedor es demasiado afilado. Se derrite.

—¡Uy, con lo que me gusta a mí el ganso! —exclamó una de las criadas—. Mi madre siempre lo hacía por Navidad, cuando conseguíamos pillar alguno. Pero nunca estaba tan tierno que se pudiera cortar con un tenedor, señora Lyons —se apresuró a añadir.

—Y cuando preparo empanadas de picadillo —prosiguió la cocinera como si no la hubieran interrumpido—, nadie puede dejar de comerlas si las prueba. Nadie.

—Mmm —Verity suspiró—. Se me hace la boca agua, señora Lyons. Cuánto me gustaría probar una sola de sus empanadas.

—Pues no puedo hacerlas —contestó resueltamente la señora Lyons—, porque no tengo los ingredientes.

—¿No pueden comprarse en el pueblo? —preguntó Verity—. Ayer, al venir hacia aquí, vi un pueblecito. Parecía haber un par de tiendas.

—No hay quien vaya a comprarlos, con tanta nieve —repuso la señora Lyons.

Verity sonrió al mozo y a los dos cocheros, que intentaban sin éxito confundirse entre los muebles.

—¿No? —preguntó—. ¿Ni siquiera por el placer de comer ganso y empanadas mañana, y seguramente también una

docena más de especialidades navideñas? ¿Ni siquiera por la señora Lyons, que me da la impresión de ser la cocinera más hábil de todo el condado de Norfolk?

—Soy bastante hábil, sí —contestó la cocinera modestamente.

—Hay abetos y arbustos de acebo en el parque, ¿no es cierto? —preguntó Verity sin dirigirse a nadie en particular—. ¿Hay muérdago en algún sitio? —fijó los ojos en la más joven de las dos doncellas—. ¿Qué es la Navidad sin unos cuantos ramitos de muérdago apareciendo en los sitios más insospechados y encima de la cabeza de las personas más esquivas?

La doncella se puso colorada y el ayuda de cámara pareció interesado.

—Antes había algunas matas en los robles más viejos —dijo el mayordomo—. Pero este año no sé.

—El arco entre la cocina y la escalera de atrás me parece un sitio estupendo para poner una rama —dijo Verity, mirando con ojo crítico el lugar al que se refería mientras mordía una tostada.

Las doncellas se rieron por lo bajo y el ayuda de cámara carraspeó.

Después de aquello, todo fue fácil. La idea había prendido. El señor Hollander había dado carta blanca al servicio, aunque no lo hubiera hecho conscientemente. Y el servicio parecía haber cobrado conciencia de que era Navidad y de que podían celebrarlo con tanta solemnidad como quisieran. El letargo había desaparecido como por arte de magia, y Verity pudo comerse sus huevos y su tostada y

beberse dos tazas de café mientras se calentaba en el fuego de la cocina y escuchaba la animada conversación de los criados haciendo planes. Dos de ellos hasta se ofrecieron voluntarios para ir al pueblo.

—Pero no se puede estar en todas partes al mismo tiempo —comentó cuando volvió a tomar la palabra—, aunque ya veo que les gustaría. Pueden dejar la recogida de las ramas y venir solamente a ayudar a meterlas en casa. El señor Hollander, lord Folingsby, la... señorita Debbie y yo nos encargaremos de recogerlas.

Su comentario fue recibido con silencio y miradas de estupor, hasta que alguien, el mozo, soltó una risilla.

—No creo, señorita —dijo—. No conseguirá usted arrastrar a los caballeros ahí fuera para que se les deslustren las botas, ni a la señorita para que se le estropee el cutis. Ya puede olvidarse de eso.

El ayuda de cámara se aclaró la garganta de nuevo, con mucha más dignidad que antes.

—Hable con más respeto, Bloggs —dijo al mozo, al que no pareció acobardar la reprimenda.

Verity sonrió.

—Déjenme a mí al señor Hollander y a los demás —dijo—. Vamos a disfrutar todos de la Navidad. Sería injusto excluirllos, ¿no les parece?

Sus palabras causaron un estallido de risas en torno a la mesa, y Verity intentó imaginarse a Julian recogiendo ramas de acebo con sus aristocráticos dedos. Seguramente dormiría hasta mediodía. Se equivocaba, sin embargo. El vizconde apareció en la puerta un momento después, como atraído por

sus pensamientos. Iba impecablemente vestido, a pesar de que no había llevado consigo a su ayuda de cámara.

—Ah —dijo con indolencia mientras jugueteaba con el mango de su monóculo—, estás aquí, Blanche. Empezaba a pensar que te habían brotado alas y habías escapado volando, puesto que no había huellas en la nieve, más allá de la puerta.

—Hemos estado haciendo planes para las fiestas —dijo ella con una sonrisa radiante—. Está todo organizado. Más tarde saldremos con el señor Hollander y Debbie a recoger ramas para decorar la casa.

De pronto, esa parte del plan le pareció ridícula. Su señoría se llevó el monóculo al ojo y recorrió la mesa con la mirada para observar a los conspiradores reunidos en torno a ella. Por fin la fijó en Verity.

—¿De veras? —dijo con desmayo—. Qué maravilla.

Julian estaba precariamente sentado sobre la rama de un viejo roble. No sabía muy bien cómo había llegado allí, ni cómo iba a bajar sin romperse una pierna o las dos, o incluso el cuello. Blanche estaba abajo, con la cara vuelta hacia arriba y los brazos extendidos como si fuera a agarrarlo si se caía. A corta distancia de allí pero fuera de su alcance había una prometedora mata de muérdago. Unos metros más allá del roble, hundido en la nieve hasta las rodillas y con un guante puesto y el otro tirado en el suelo, Bertie se quejaba de que se había pinchado en un dedo con una espina de acebo, con tal sentimiento que parecía que acabaran de

atravesarlo de parte a parte con una espada. Debbie lo consolaba dándole besitos.

Un poco más cerca de la casa, en un lugar resguardado por los árboles y por tanto menos cubierto de nieve, se veía un patético montoncillo de ramas de abeto y acebo. Patético como poco, teniendo en cuenta que llevaban más de una hora fuera, trabajando con ahínco y sometidos a gélidas temperaturas, azotados por el viento y los remolinos de gruesos copos de nieve. Los nubarrones no habían acabado aún de vaciar su carga.

—Tenga cuidado, por favor —imploró Blanche cuando Julian se inclinó con cautela para alcanzar el muérdago—. No se caiga.

Él se detuvo y la miró. Sus mejillas estaban encantadoramente coloradas. Lo mismo que su nariz.

—¿Son imaginaciones mías o el sargento que nos ha hecho marchar hasta aquí y me ha ordenado subir a este árbol tenía tu cara? —preguntó él con su mejor deje de hastío.

Ella se rio.

—Si se mata —dijo—, haré que escriban en su epitafio: «Murió en el cumplimiento de una noble tarea».

Él cambió de postura sobre la rama hasta que quedó colgado aún más precariamente sobre el vacío y arañó su bota irreparablemente para sujetarse al retorcido tronco del árbol, pero consiguió por fin su objetivo. Había arrancado un puñado de muérdago. No había modo fácil de bajar. De hecho, era imposible hacerlo. De modo que hizo lo que solía hacer de niño en situaciones semejantes: saltó.

Aterrizó a gatas y como recompensa por sus esfuerzos cayó de bruces sobre la nieve.

—Ay, Dios —exclamó Blanche—. ¿Se ha hecho daño?

Él la miró y ella volvió a reírse.

—Parece un muñeco de nieve. Un muñeco de nieve ofendido. ¿Tiene el muérdago?

Julian se levantó y se sacudió con una mano lo mejor que pudo. Cuando regresara a Londres, su ayuda de cámara dimitiría nada más ver sus botas.

—Voilà —levantó su premio, cubierto de nieve—. Ah, no, nada de eso —dijo cuando ella tendió la mano para recogerlo. Lo quitó de su alcance—. Ciertos actos tienen consecuencias, ¿sabes? He arriesgado mi vida, instigado por ti. Merezco una recompensa y tú, un castigo.

Ella le sonrió mientras la arrinconaba contra el árbol y la sujetaba allí con el peso de su cuerpo. Todavía sostenía el muérdago en alto.

—Sí, milord —dijo dócilmente.

Julian no pensaba en realidad en la noche anterior, pero si hubiera pensado en ella, tal vez se habría dicho con cierta satisfacción que ella había tomado buena nota de su primera lección de besos. Tenía los labios ligeramente abiertos cuando los suyos los tocaron, y cuando Julian los abrió más aún y los lamió, acariciando con la lengua la suave carne de su reverso, ella dejó escapar un gemido de placer. El contraste entre su piel helada y su boca ardiente resultaba embriagador, pensó él mientras hundía la lengua más aún. Ella la chupó suavemente. A través de las muchas capas de

ropa, Julian sintió la tensa y musculosa esbeltez de su cuerpo de bailarina. Una feminidad total.

Alguien estaba silbando. Bertie. Y una voz decía: «calla, no seas tonto, cariño, y ven a ver este acebo».

—Bueno —dijo Julian al levantar la cabeza, algo aturdido y no poco excitado. No esperaba un beso semejante—. Lo del muérdago fue idea tuya, Blanche.

—Sí —su nariz brillaba como un faro. Tenía un aspecto saludable e infantil, ligeramente despeinada y bellísima—. Así es.

Julian tenía frío y estaba mojado por culpa de la nieve que se había colado bajo el cuello de su camisa y se deshacía en regueros por su espalda. Sin embargo, se sentía absolutamente feliz. Al menos de momento, pensó con cautela al recordar la situación.

Alguien estaba carraspeando a su espalda. Al darse la vuelta, vio que era el mozo de Bertie buscando a su señor, el cual, al oír su nombre, asomó la cabeza desde detrás de los matorrales de acebo.

—¿Qué ocurre, Bloggs? —preguntó.

Bloggs explicó que un carruaje había volcado a medias en una zanja, junto a las verjas de la casa, y que no había forma de sacarlo de allí hasta que dejara de caer nieve y el aire se calentara lo suficiente para derretir parte de ella. Y la nieve era tan profunda en todas partes, añadió en tono sombrío, que ya no había modo de ir a pie a ningún sitio, ni siquiera al pueblo. Harkiss y él las habían pasado canutas para volver a casa hacía dos horas, y desde entonces la nevada no había amainado ni un solo segundo.

—¿Un carruaje? —Bertie arrugó el ceño—. ¿Iba alguien dentro, Bloggs? —Julian no había oído nunca una pregunta más estúpida.

—Un caballero y su esposa, señor —respondió el mozo sin inmutarse—. Y dos críos. Están dentro de la casa, señor.

—Ay, santo cielo —dijo Bertie, haciendo una mueca en dirección a Julian—. Parece que tenemos una visita inesperada por Navidad.

—Lo que faltaba —masculló Julian.

—¡Pobrecillos! —exclamó Blanche y, apartándose del árbol, echó a andar hacia la casa entre la nieve—. ¿Qué se ha hecho para que se encuentren a gusto, señor Bloggs? ¿Dos niños, dice usted? ¿Y son muy pequeños? ¿Hay algún herido? ¿Ha...?

Su voz se disipó a lo lejos. Qué extraño, pensó Julian mientras la seguía junto a Bertie y Debbie. La mayoría de las mujeres que habían recibido clases de dicción sólo hablaban bien cuando se concentraban en ello. Si no, tendían a caer en regionalismos o algo peor. ¿Por qué a Blanche parecía ocurrirle lo contrario? Bloggs trotaba tras ella como un lacayo bien entrenado, como si fuera una gran duquesa gobernando sus dominios.

Y curiosamente hablaba como si lo fuese.

Capítulo 5

El reverendo Henry Moffat estaba disfrutando de un permiso inesperado para pasar la Navidad en casa de su familia política, a treinta millas de la parroquia en la que ejercía como párroco. Se había precipitado, él mismo lo admitía, al tomar la decisión de emprender el viaje esa mañana, a pesar de que ya había empezado a nevar y tenía que pensar en el bienestar de sus dos hijos pequeños y de su esposa, que estaba a punto de dar a luz otra vez.

Su necesidad lo abochornaba. Se sentía angustiado por haber estado a punto de causar una desgracia cuando su carruaje casi volcó en la zanja, y le avergonzaban las molestias que estaba causando a aquellos desconocidos precisamente el día de Nochebuena. Quizás hubiera una posada cerca.

—En el pueblo, a tres millas de aquí —contestó Verity—. Pero con este tiempo no pueden llegar hasta allí, señor. Deben quedarse aquí, desde luego. El señor Hollander insistirá en ello, puede estar seguro.

—¿El señor Hollander es su esposo, señora? —preguntó el reverendo Moffat.

—No —contestó—. Yo también soy una invitada. Señora Moffat, entre en el cuarto de estar para calentarse junto al fuego y descansar un poco. Señor Bloggs, haga el favor de bajar a la cocina y pedir que nos suban una bandeja de té. Ay, y también algo para los niños. Y algo de comer —sonrió a los dos niños pequeños, que lo miraban todo con franca curiosidad. El más pequeño, un crío de tres o cuatro años, se estaba quitando una larga bufanda que llevaba enrollada al

cuello. Ella les tendió las manos—. ¿Tenéis hambre? Es una pregunta tonta, ya lo sé. Sé por experiencia que los niños siempre tenéis hambre. Venid al cuarto de estar con vuestra mamá y veremos qué nos manda la cocinera.

El señor Hollander tardó un momento en entrar en la casa acompañado de Debbie y el vizconde Folingsby. El reverendo Moffat se presentó de nuevo, les explicó la situación y volvió a disculparse.

—Bertrand Hollander —dijo el joven caballero tendiendo la mano derecha a su inesperado invitado—. Mi... esposa, la señora Hollander. Y el vizconde Folingsby.

Verity estaba llevando a la señora Moffat y a los niños hacia el cuarto de estar, pero se detuvo para que el párroco les presentara a su anfitrión.

—¿Conocen ya a mi esposa, la vizcondesa? —preguntó Julian, mirando a Verity a los ojos.

—Sí, en efecto —el reverendo Moffat hizo una reverencia—. Su Excelencia ha sido de lo más amable.

Una mentira que añadir a las demás, se dijo Verity. Su flamante esposo, que se había despojado del abrigo, la siguió al cuarto de estar, donde ella indicó a la señora Moffat y a los niños que tomaran asiento junto al fuego. El vizconde se situó a su lado, apoyando una mano a la altura de sus riñones. Durante los minutos siguientes, sin embargo, Verity sintió que tomaba su mano izquierda con firmeza y que la llevaba hacia su espalda. Cuando llegó la bandeja con el té y empezaron a pasarse tazas y platos y a conversar de trivialidades, Julian, sin dejar de sonreír amablemente, deslizó algo en su dedo derecho.

Al apartar la mano de la espalda y mirar hacia abajo, Verity vio que era el sello que solía llevar en el dedo meñique de la mano derecha. El anillo le quedaba un poco suelto, pero con un poco de cuidado no se le caería. Era un sustituto muy aceptable de una alianza de boda. Al mirar a Debbie, al otro lado de la habitación, vio que la mano izquierda de la joven lucía ahora un adorno similar.

Sólo cabía concluir que el vizconde Folingsby y el señor Hollander eran conspiradores natos y tenían mucha práctica en aquellas lides.

—No quiero oír más objeciones, señor, se lo ruego —estaba diciendo el señor Hollander con su buen humor de costumbre—. La señora Hollander y yo estaremos encantados de que pasen la Navidad con nosotros. A pesar de lo mucho que disfrutamos de la compañía de nuestros amigos, echábamos en falta no tener más invitados para las fiestas, ¿no es cierto, amor mío? Sobre todo, con niños. Sin ellos, parece que a las fiestas les falta algo.

—Es usted muy amable, señor —dijo la señora Moffat con una mano apoyada sobre su abultado vientre.

—Vaya —dijo Debbie—, va a ser estupendo oír sus piececillos por la casa y sus vocecillas parloteando. Siéntese usted también, reverendo, y póngase cómodo. Deje la taza en esa mesita de ahí. Menudo susto se habrán llevado al caer a la zanja.

—Nos caímos así —dijo el mayor de los niños, inclinándose hacia un lado con los brazos extendidos—. Creí que íbamos a dar vueltas y vueltas como un trompo. Fue muy emocionante.

—Yo no me asusté —dijo el pequeño, mirando a Verity antes de meterse el pulgar en la boca y volver a sacárselo con decisión—. A mí no me da miedo nada.

—Ya vale, Rupert —dijo su padre—. Y tú también, David. Haced el favor de hablar sólo cuando os pregunten.

Pero Rupert había empezado a tirarle de la manga.

—¿Podemos salir a jugar? —susurró.

—¡Niños! —la señora Moffat se echó a reír—. Cualquiera pensaría que os alegraríais de estar dentro, después de haber escapado por los pelos, ¿no es cierto? Y estando el día tan frío y tan tormentoso. Pero les encanta el aire libre.

—Entonces tengo justo lo que necesitan —dijo Julian, levantando las cejas mientras tocaba el mango de su monóculo—. Detrás de la casa hay un montón de ramas que necesitan que alguien las traiga dentro. No podremos celebrar la Navidad si se quedan fuera, ¿no os parece? —miró a los niños a través del monóculo con el ceño fruncido—. Me pregunto si esas manos y esos brazos son lo bastante fuertes. ¿Tú qué opinas, Bertie?

Dos pares de ojos miraron con nerviosismo al señor Hollander. «Sí, por favor. Por favor», parecían suplicarle los niños con los labios sellados, cumpliendo las órdenes de su padre.

—¿Que qué opino, Jule? —el señor Hollander frunció los labios—. Creo que... Pero aguarda un momento. ¿Eso que veo sobresalir de tu casaca es un músculo, muchacho?

El niño mayor se miró el brazo con asombrada esperanza.

—Sí, es músculo —concluyó el señor Hollander.

—¿Y alguna vez has visto unos dedos más capaces que los de este otro muchacho, Bertie? —preguntó Julian, aumentándolos con su monóculo—. Creo que estos hermanos nos han sido enviados con un propósito. Tendréis que volver a poneros las bufandas, los sombreros y los guantes, claro, y pedir permiso a vuestra madre. Pero en cuanto lo tengáis, podéis seguirme.

Verity vio maravillada cómo aquellos dos golfos hastiados se convertían en tíos cariñosos e indulgentes ante sus ojos. Los niños se pusieron a dar brincos delante del sillón de su madre, angustiados por si ésta les decía que no.

—Es usted demasiado amable, milord —dijo ella con una sonrisa fatigada—. Van a dejarlo exhausto.

—Nada de eso, señora —le aseguró el señor Hollander—. Es un montón enorme.

—Ah —dijo Verity, sonriendo a los niños—, y cuando lo hayáis metido todo y esté seco, podéis ayudar a decorar la casa. La señora Simpkins ha encontrado cintas, lazos y campanas en el desván. Deb... La señora Hollander y yo les echaremos un vistazo para ver qué podemos usar. Antes de que mañana llegue la Navidad, esta casa estará repleta de alegría. Creo que vamos a pasar una de las mejores navidades de nuestra vida.

Mientras hablaba, se encontró con la mirada del vizconde. Julian la observaba con una ceja levantada y una sonrisa ligeramente burlona. Pero Verity ya no se dejaba engañar por semejante expresión. Había visto al vizconde sin su careta de hastiado cinismo. No sólo allí, con los dos niños. Lo había visto trepar a un árbol como un colegial, no porque ella se lo hubiera pedido, sino porque el árbol estaba allí y

por tanto había que subir a él. Lo había visto con un destello en la mirada y una carcajada en los labios.

Y había sentido su beso. No habría podido censurarlo por besarla, aunque hubiera querido. Se lo había ganado, no por sus quinientas libras, sino por conseguir el muérdago. El muérdago había santificado el beso, por profundo y carnal que hubiera sido éste.

—Parece —comentó el reverendo Moffat mientras los otros dos caballeros abandonaban la estancia con los bulliciosos niños— que tendremos que quedarnos aquí al menos hasta mañana. Es para mí un enorme consuelo haber ido a parar a un lugar donde ya nos sentimos bienvenidos. A veces parece que una mano divina guía nuestros pasos y nos lleva a donde no teníamos intención de ir para conocer a personas cuya existencia ni siquiera sospechábamos. Qué maravilla que lo estén preparando todo con tanto entusiasmo para celebrar el nacimiento del hijo de nuestro Señor.

—Voy a hacer una rama de besos —anunció Debbie casi con ímpetu—. Cuando era niña, poníamos ramas de besos por todo el techo de la cocina. En nuestra casa, no escapaba nadie. Casi lo había olvidado. La Navidad era siempre una época estupenda.

—Sí, señora Hollander —dijo la señora Moffat con una sonrisa—. Siempre lo es, hasta cuando nos vemos obligados a pasarla lejos de nuestras familias, como supongo que nos ha pasado a todos este año. Su marido está siendo muy amable con nuestros niños. Y el suyo también, milady —se volvió hacia Verity con una sonrisa—. Han pasado todo el día en el carruaje y tienen un gran exceso de energía.

—Si lo que dice lady Folingsby es cierto, no podremos ir al pueblo esta noche, ni mañana por la mañana —dijo el reverendo—. No podrán ustedes asistir a la iglesia, como imagino que era su intención. Así pues, podré compensarles en parte por lo que han hecho por nosotros. Celebraré el oficio de Navidad aquí. Tomaremos juntos la comunión. Con permiso del señor Hollander, por supuesto.

—Una idea espléndida, Henry —dijo su mujer.

—Caramba —comentó Debbie, casi muda de asombro.

Verity se llevó las manos al pecho y cerró los ojos. De pronto vio la iglesia de su casa la víspera de Navidad, las campanas anunciando la buena nueva del nacimiento de Cristo, las velas encendidas, el nacimiento tallado cuidadosamente colocado ante el altar, y a su padre con su mejor casulla, sonriendo a la congregación. La Navidad había sido siempre su época preferida del año litúrgico.

—Ay, señor —dijo abriendo los ojos de nuevo—, seremos nosotros quienes estaremos en deuda con usted. No sabe cuánto —parpadeó para ahuyentar las lágrimas—. Nada me gustaría más. Estoy segura de que el señor Hollander y el viz... y mi marido estarán de acuerdo.

—Van a ser unas navidades estupendas, Blanche —dijo Debbie—. No me lo esperaba, chica. Por lo menos, de esta manera.

—A veces alcanzamos la gracia por caminos inesperados —comentó el reverendo Moffat.

—¿Alguna vez has tenido la impresión de que las cosas se te escapan de las manos, Jule? —preguntó Bertie a su amigo justo antes de que se sirviera la cena, mientras esperaban a los demás en el cuarto de estar.

Estaban rodeados por los olores y las imágenes de la Navidad. Había ramas por todas partes, esmeradamente decoradas con cintas rojas, campanas plateadas y serpentinas. Había una enorme rama de besos suspendida sobre un entrante de la pared, a un lado de la chimenea. Había un fuerte olor a pino, más potente, de momento, que los deliciosos aromas que emanaban de la cocina.

—¿Alguna vez has tenido tú la impresión —preguntó Julian sin responder a su pregunta, que de todos modos era sin duda retórica— de que no deberías clasificar a una mujer como de cierto tipo y esperar que se comporte conforme a ello?

Unos minutos antes, mientras se cambiaba para la cena, Blanche lo había informado con entusiasmo de que el reverendo Moffat pensaba celebrar el oficio navideño en aquella misma habitación después de la cena. Y de que los sirvientes habían pedido permiso para asistir. Y de que al día siguiente tendrían que encargarse de que los pequeños tuvieran unas navidades maravillosas. Si todavía había nieve suficiente, podían...

Julian no había prestado atención a todos los detalles. Había pensado, en cambio, que la señorita Blanche Heyward, bailarina de la ópera, habría sido un magnífico sargento de instrucción de haber nacido hombre. No había más que ver cómo lo había organizado todo, y a todos, para colocar los adornos navideños. Habían ido de un lado para

otro a todo correr, habían trepado, se habían tambaleado y habían corregido ángulos siguiendo sus instrucciones. Estaba arrebolada y bellísima, con un brillo en la mirada.

Pensándolo mejor, concluyó Julian, se alegraba de que no fuera un hombre.

—¿Y alguna vez has tenido una cocinera tres o cuatro años y has descubierto de repente que sabe cocinar? —continuó Bertie—. No he probado aún ninguno de los platos que despiden esos olores, claro, pero a juzgar por su aroma. En fin, dímelo tú.

Al parecer, el servicio había estado tan atareado abajo como ellos arriba. Su diligencia, sin embargo, había sido instigada por la misma persona: la señorita Blanche Heyward. Julian se preguntaba incluso si se las había arreglado de algún modo para conjurar al párroco y a su familia y hacerles salir de la ventisca. Qué asombroso giro de los acontecimientos aquél.

—¿Crees que alguien habrá reparado en la súbita aparición de anillos en los dedos de nuestras mujeres, Bertie? —preguntó.

Entonces se abrió la puerta y entraron sus amantes, que habían bajado juntas. Debbie chasqueó la lengua.

—¿Para eso me tomo yo tanto trabajo con la rama de los besos, para que os quedéis ahí parados? —preguntó—. Ve a ponerte debajo de la rama, Bertie, cariño, y deja que te dé un buen morreo.

—¿Otro? —dijo él, sonriendo y meneando las cejas mientras se apresuraba a obedecer.

Habían saboreado todos ellos los placeres de la rama de los besos después de colgarla. Hasta el reverendo Moffat había besado a su esposa con buen humor y había dado sendos besos en la mejilla a Debbie y Blanche.

—Bueno, Blanche —Julian la miró de arriba abajo. Llevaba de nuevo aquel vestido de seda verde y el pelo recogido pulcramente hacia atrás. Debería haber tenido un aspecto gris y aburrido, pero no era así—. ¿Te estás divirtiendo?

La mirada de Verity perdió parte de su brillo cuando lo miró.

—Sólo cuando olvido por qué estoy aquí —dijo—. Ya he aceptado mucho dinero de usted y todavía no he hecho nada para ganármelo.

—Quizás eso deba ser yo quien lo juzgue —repuso él.

—Tal vez esta noche pueda enmendarme —añadió ella—. He tenido un día entero para acostumbrarme a usted. Puede que siga siendo torpe, y me atrevería a decir que lo seré, porque lo ignoro casi todo de ese asunto, pero no tendré miedo, ni me conduciré como una mártir. De hecho, creo que puede que incluso disfrute. Y será un alivio saber que por fin he hecho algo para ganarme mi salario.

Si Bertie y Debbie, que se reían como un par de niños bajo la rama de los besos, hubieran sido los únicos ocupantes de la casa, aparte de los criados, Julian se habría excusado de la cena y se habría llevado a Blanche arriba sin más tardanza. Pese a que había hecho mención del dinero, sus palabras le parecieron excitantes. Ella le parecía excitante. Pero había otros invitados. Además, no estaba seguro de que lo hubiera hecho, de todos modos.

Si su estancia en el condado de Norfolk hubiera transcurrido conforme a lo previsto, la noche anterior se la habría pasado casi sin dormir, con Blanche. Se habrían quedado en la cama hasta mediodía o más tarde aún. Y habrían vuelto a la cama a pasar casi toda la tarde. A esas alturas se estaría preguntando si por la noche tendría aún fuerzas para seguir. Pero habría podido esperar con impaciencia el día siguiente... y pasarlo también en la cama.

Esa perspectiva le había parecido apetecible toda la semana anterior, hasta la víspera. O más aún. Se había sentido estafado y de mal humor toda la noche pasada, y también esa mañana, al despertar. O más bien cuando ella lo había despertado emocionada al descubrir que había nevado.

Pero, curiosamente, había disfrutado del día tal y como había sido. Y el beso contra el roble le había parecido, de un modo extraño, tan satisfactorio como podría haberlo sido un revolcón en la cama. Había estado impregnado de risas y de deseo. Nunca había pensado que la risa fuera un elemento deseable en una experiencia sexual.

—Lo he decepcionado —decía Blanche en ese momento—. Lo siento muchísimo.

—En absoluto —repuso él, juntando las manos a la espalda—. ¿Por qué iba a estar decepcionado? Veamos. He dormido en el suelo, me han despertado al amanecer de un día gélido para ver caer la nieve, he salido de expedición en medio de una ventisca a fin de trepar a los árboles, he destrozado mis botas y he estado a punto de romperme el cuello. Ha llegado un párroco que va a quedarse en la casa, he pasado una hora entreteniendo a dos mozalbetes rebosantes de energía y otra hora trepando a los muebles

para colgar ramas y luego cambiarlas de sitio al hacerse evidente que estaban un pelín desviadas. Y, por último, aguardo con impaciencia la celebración de una misa en el salón. Mi querida señorita Heyward, ¿qué más puede pedirse en Navidad?

Ella se había echado a reír.

—Tengo la extraña sensación —comentó— de que hoy se lo ha pasado en grande.

El vizconde se llevó el monóculo al ojo y la miró a través de él.

—Y tú crees que tal vez puedas disfrutar esta noche —dijo—. Lo veremos, Blanche, cuando llegue la noche. Pero antes de nada están los invitados de Bertie. Me parece oír acercarse el golpeteo de sus piecitos y la algazara de sus vocecillas, como lo expresó Debbie tan poéticamente. Imagino que hemos de disfrutar de su compañía, así como de la de sus papás, dado que en la casa no hay cuarto de los niños, ni niñera.

—Por su semblante y su tono de voz —repuso ella—, creo, milord, que ha tomado cariño a esos pequeños. A mí no me engaña.

—Que Dios me ampare —dijo Julian con desmayo mientras se abría la puerta del cuarto de estar.

Había un clavecín en un rincón del cuarto de estar. Verity lo había mirado con anhelo un par de veces durante el día, pero la tapa estaba cerrada con llave. Mientras el reverendo Moffat preparaba la estancia después de la cena

para el oficio de Navidad, su esposa preguntó por el instrumento. El señor Hollander lo miró con cierta sorpresa, como si reparara en él por primera vez. Ignoraba dónde estaba la llave. Pero de todos modos poco importaba, a no ser que hubiera alguien capaz de tocarlo.

Se hizo un corto silencio.

—Yo sé tocar —dijo Verity.

—¡Estupendo! —el reverendo Moffat la miró radiante—. Así podremos acompañar el oficio con música, lady Folingsby. Yo puedo dirigir el canto si es preciso, pero lamentablemente tengo muy mal oído para la afinación, ¿no es verdad, Edie? Acabariamos cantando un himno varios tonos por debajo de donde lo empezamos —se rio de buena gana.

El señor Hollander fue en busca de la llave. O, mejor dicho, fue en busca de un criado que supiera dónde estaba.

—¿Dónde aprendiste a tocar, Blanche? —preguntó Debbie.

—En la rectoría —Verity sonrió, y luego deseó haberse mordido la lengua—. Me enseñó la esposa del rector —añadió apresuradamente. Al menos eso era verdad.

El señor Hollander regresó triunfante con una llave en la mano. Verity descubrió que el clavecín estaba terriblemente desafinado, pero tenía remedio. No había partituras, pero no las necesitaba. De niña había aprendido de memoria sus himnos favoritos y otras piezas de su gusto.

Una mesa había sido convertida en altar con ayuda de un mantel blanco almidonado que una de las criadas había planchado cuidadosamente, candeleros de plata y un bonito

vaso y un platillo que el ama de llaves había encontrado en algún rincón remoto de la casa y a los que otra sirvienta había sacado brillo para que sirvieran de cáliz y patena. El mayordomo había desempolvado una botella del mejor vino del señor Hollander. La cocinera había encontrado tiempo y espacio en su horno para cocer una redonda hogaza de pan sin fermentar. El reverendo Moffat se había ataviado con la casulla que había llevado consigo y de pronto parecía muy joven y digno.

El cuarto de estar, pensó Verity al mirar en derredor, se había convertido en un lugar santo, en una iglesia. Todos, hasta los niños, esperaban en silencio como harían en un templo, a la espera de que diera comienzo el oficio. Verity no esperó. Comenzó a tocar suavemente algunos de sus himnos navideños preferidos.

Era Navidad, pensó, tragando saliva y parpadeando.

Había creído que ese año las fiestas sólo le traería un repugnante autosacrificio. Pero a pesar de las mentiras y los engaños, y cada vez que se miraba las manos veía la falsa alianza de boda, había llegado la Navidad. La Navidad, se dijo, era para los pecadores, y allí todos lo eran: el señor Hollander, Debbie, el vizconde Folingsby y ella misma. La Navidad había salido a su encuentro, a pesar de ellos mismos, encarnada en el párroco y su familia, perdidos en la ventisca. Y les estaba ofreciendo su amor y su perdón infinitos materializados en el pan y el vino, que en ese momento eran aún sólo dos alimentos.

Esa noche, más de mil ochocientos años atrás, había nacido un niño, y ahora estaba a punto de nacer de nuevo,

como cada año desde entonces y como cada año futuro. Un nacimiento, una esperanza, un amor infinitos.

—Mis queridos amigos... —la voz del sacerdote sonó suave, serena e imponente, a diferencia de la voz del reverendo Moffat mientras conversaba con ellos a la hora del té y la cena. Les sonrió uno por uno, bañándolos, o eso les pareció, con el calor, la paz y la maravilla de aquel instante.

Y así comenzó el oficio.

Terminó más de una hora después con el alegre canto del último himno. Cantaron todos con entusiasmo, notó Verity, ella incluida. Incluso uno de los cocheros, que tenía muy mal oído, y el ama de llaves, que cantaba con un pronunciado vibrato. El señor Hollander tenía una poderosa voz de tenor. Debbie cantaba con acento de Yorkshire. David Moffat lo hacía con toda su alma, una tonada de su propia invención. No habrían formado un coro de renombre, pero poco importaba. Armaban una alegre algarabía: estaban celebrando la Navidad.

Luego, la señora Moffat tomó la palabra unos segundos después de que su marido pusiera fin a la misa y les deseara todos los parabienes propios de la estación.

—Lamento, señor y señora Hollander —dijo— los inconvenientes que estoy a punto de causarles. Henry, querido, creo que nuestro bebé va a nacer en Navidad.

Capítulo 6

Henry Moffat llevaba siete horas paseándose casi sin cesar de un lado a otro.

—Cualquiera pensaría que uno acaba por acostumbrarse a esto —dijo, deteniéndose un instante para mirar, pálido y angustiado, a Julian y Bertie, que estaban sentados a ambos lados de la chimenea, casi tan pálidos como él—, después de dos partos. Pero no. Te pones a pensar en que un nuevo niño, tu hijo, está haciendo la peligrosa travesía hacia este mundo. Y piensas en tu compañera, carne de tu carne, corazón de tu corazón, soportando el dolor y afrontando sola el peligro.

Y te sientes impotente, insignificante y horriblemente responsable. Y también culpable por no confiar más en los designios del Todopoderoso. Parece trivial recordar que esta vez todos teníamos la esperanza de que fuera una niña.

Retomó su caminata hacia ninguna parte, moviéndose entre uno y otro rincón de la sala.

—¿Es que no va a acabar nunca?

Julian nunca había estado bajo el mismo techo que una parturienta. Cuando pensaba en ello, en lo que estaba sucediendo arriba, ¿y cómo no iba a pensar en ello?, sentía un pitido en los oídos y un frío en las fosas nasales, e imaginaba con cierto horror que podía desmayarse ignominiosamente, a pesar de no ser el padre. Recordó con cuánta frivolidad, apenas unos días antes, había planeado tener un bebé en el cuarto de niños de Conway la Navidad del año siguiente, o poco después.

Debía de doler horrores, pensó, y posiblemente se quedaba corto.

No había médico en el pueblo. Había una comadrona, pero según el ama de llaves vivía a una milla o así, al otro lado del pueblo. Habría sido imposible ir en su busca, y más aún persuadirla de que hiciera el trayecto de vuelta a tiempo para ayudar a nacer al bebé que iba de camino.

Por suerte la señora Moffat había anunciado con una sonrisa serena, que sin duda no era más que una máscara valerosa, que ya había dado a luz a dos niños y que había ayudado en el nacimiento de varios más. Podía arreglárselas muy bien sola, siempre y cuando el ama de llaves le preparara las pocas cosas que necesitaba. Se estaba haciendo tarde. Invitó a todo el mundo a irse a la cama y prometió no molestarles haciendo ruido.

Julian se la había imaginado de inmediato dando terribles gritos de dolor.

Debbie había mirado a Bertie con ojos casi tan grandes como su cara.

—Si está segura, señora... —había dicho el señor Hollander, tan blanco como su camisa.

—Vamos, Henry —había dicho la señora Moffat—, primero acostaremos a los niños. Quizá podamos vernos aquí unos minutos después, señora Simpkins.

La señora Simpkins tenía una leve tonalidad verdosa. Fue entonces cuando intervino Blanche.

—Ni hablar, no va usted a arreglárselas sola —le había asegurado a la invitada—. Bastante tendrá ya con pasar los dolores del parto. El resto déjenoslo a nosotras, señora Moffat. Señor —dijo, dirigiéndose al párroco—, quizás esta noche pueda acostar usted solo a los niños. Chicos, dad un

beso a vuestra mamá. Creo que mañana habrá más de una sorpresa esperándoos. Cuanto antes os durmáis, antes averiguaréis cuál es. Señora Lyons, ¿puede encargarse de que preparen una buena olla de agua caliente? Señora Simpkins, haga el favor de reunir tantos paños limpios como encuentre. Debbie...

—Ay, tesoro, no, por favor —había respondido ésta.

—Voy a necesitarte —le había dicho Blanche con una sonrisa—. Sólo tendrás que refrescarle la cara a la señora Moffat con un paño húmedo y fresco cuando se acalore en exceso. Eso puedes hacerlo, ¿verdad? Yo me encargaré de todo lo demás.

De todo lo demás. De traer al mundo a un bebé, por ejemplo. Julian había mirado con fascinación a su bailarina.

—¿Lo has hecho alguna vez, Blanche? —había preguntado.

—Claro que sí —contestó ella enérgicamente—. En la rectoría... Eh, de vez en cuando acompañaba a la esposa del rector. Sé muy bien qué hay que hacer. No hay nada que temer.

Todos la habían mirado fijamente, recordaba Julian ahora, pendientes de cada una de sus palabras, de cada una de sus órdenes. Se habían apoyado en su fortaleza y en su aplomo como si todos ellos compartieran un solo cuerpo.

¿Quién demonios era Blanche Heyward? ¿Qué hacía la hija de un herrero pasando tanto tiempo en una rectoría? Aparte de aprender a tocar el clavecín sin partitura, claro.

Y de traer bebés al mundo.

Todos habían corrido a cumplir sus encargos. Pronto sólo quedaron los tres hombres, los tres inútiles, en el cuarto de estar para combatir el terror, las náuseas y los sofocos.

Se abrió la puerta. Tres caras pálidas y atemorizadas se volvieron hacia ella.

Debbie estaba acalorada, despeinada y envuelta en un delantal hecho para un gigante. Un mechón de pelo rubio colgaba sobre su hombro, húmedo de sudor. Sonreía de oreja a oreja y estaba muy guapa.

—Ya pasó, señor —anunció, dirigiéndose al reverendo Moffat—. Tiene un nuevo... bebé. No voy a decirle qué es. Su esposa está lista y lo espera.

El flamante padre se quedó muy quieto unos segundos y luego salió de la habitación sin decir palabra.

—Bertie —Debbie lo miró llorosa—, deberías haber estado allí, cariño. Salió disparado a las manos de Blanche, tan pequeñito y resbaladizo, todo arrugado y llorando y... y humano. Ay, Bertie, amor... —se arrojó en sus brazos y comenzó a sollozar ruidosamente.

Bertie la consoló en voz baja y miró a Julian levantando las cejas.

—Nunca había sentido más alivio —dijo—. Pero me alegra no haber estado presente, Deb. Más vale que te lleve a la cama. ¿Ya no te necesitan?

—Blanche ha dicho que podía ir a acostarme —contestó Debbie—. Ella va a acabar de hacer todo lo que haga falta. Ninguna comadrona lo habría hecho mejor. Ha estado todo el tiempo hablando tranquilamente para calmarnos a la señora Simpkins y a mí. La señora Moffat no estaba nerviosa. Sólo

decía que sentía terneros levantadas, la muy boba. Nunca me había sentido tan... tan honrada, Bertie, amor mío. Que a mí, Debbie Markle, una simple fulana, se me hay a permitido ver eso.

—Vamos, Deb —Bertie le dio el brazo y la acompañó a la habitación.

Julian los siguió unos minutos después. Ignoraba qué hora era. Endiabladamente temprano, supuso. No llevó vela consigo, y nadie se había molestado en encender el candelero de su dormitorio. El fuego, sin embargo, ardía en la chimenea. Julian se acercó a la ventana y se asomó.

Vio que había cesado de nevar y que el cielo estaba despejado. Miró hacia arriba y vio que se había equivocado: era temprano, pero el diablo no tenía nada que ver con ello.

Seguía allí unos minutos después, cuando se abrió la puerta. Volvió la cabeza para mirar hacia atrás.

Blanche tenía un aspecto parecido al de Debbie, sólo que peor. Estaba despeinada, agotada y bellísima.

—No debería haber esperado levantado —dijo.

—Ven aquí —la llamó con un gesto.

Ella se acercó y se dejó caer contra él, exhausta, cuando la rodeó con el brazo. Suspiró profundamente.

—Mira —Julian señaló afuera.

Ella se quedó callada un rato. Julian tampoco dijo nada. Sobraban las palabras. La estrella de la Navidad brillaba sobre ellos, un símbolo de esperanza, una señal para todos aquellos que buscaban la sabiduría y el sentido de sus vidas. Julian no sabía qué habían aprendido ellos esa Navidad, pero algo habían aprendido. En ese momento le faltaban las

palabras; ni siquiera podía pensar con coherencia, pero algo habían ganado.

—Es Navidad —dijo ella por fin, con voz queda. Sus palabras tenían un sentido más profundo.

—Sí —repuso Julian y, volviendo la cabeza, besó su pelo encrespado—. Sí, es Navidad. ¿Ha sido niña?

—Oh, sí —contestó ella—. Nunca he visto dos personas más felices, milord. La mañana de Navidad. ¿Puede haber un regalo más hermoso?

—Lo dudo —dijo él cerrando los ojos un instante.

—La he sostenido en brazos —continuó ella suavemente—. Qué regalo tan maravilloso.

—Blanche —dijo él al cabo de un rato—, ¿dónde estaba esa rectoría de la que hablas? ¿Cerca de la herrería?

—Sí —contestó.

—E ibas allí a la escuela —dijo él—, y te enseñaron a tocar el clavecín y a traer bebés al mundo.

—Eh... sí —contestó, indecisa.

—Blanche —añadió Julian—, tengo la extraña sospecha de que tal vez seas la mayor embustera que haya conocido nunca.

Ella no supo qué responder.

—Ve a prepararte para meterte en la cama —dijo él—. Ya no sé si es temprano o es tarde.

Ella levantó la cabeza y lo miró.

—Sí, milord —dijo como una mártir valerosa.

Julian estaba en la cama cuando ella salió del vestidor cubierta de nuevo con su camisón virginal y el pelo suelto.

Seguía pareciendo valerosa, notó Julian a la luz mortecina del fuego. Se acercó a la cama sin vacilar.

—Ven —dijo él, apartando las mantas y estirando el otro brazo bajo la almohada.

—Sí, milord.

Se volvió hacia ella cuando se tumbó y la estrechó entre sus brazos para darle calor. La arropó con cuidado. Buscó su boca y la besó lentamente.

—Ahora, a dormir —le dijo cuando acabó.

Ella abrió los ojos de par en par.

—Pero...

—Nada de peros —contestó él—. Estás completamente agotada, Blanche. No podrías disfrutar, ni ser disfrutada. Duérmete.

—Pero... —comenzó de nuevo, y él acalló su protesta con otro beso.

—No quiero oír hablar de las quinientas libras y de la necesidad de ganárselas —repuso Julian—. Prometiste ser mía una semana y obedecerme. Y esto es lo que ordeno esta noche. Que te duermas.

Esperó a que protestara, pero sólo sintió un suspiro suave, una respiración profunda y una relajación total. Se había quedado dormida.

Y lo curioso del caso era, se dijo, que sentir su cuerpo esbelto y femenino pegado al de él de la cabeza a los pies no le causaba frustración, ni enojo. Muy al contrario. Se sentía a

gusto, relajado y soñoliento, como si acabara de mantener un satisfactorio encuentro sexual.

Él también se quedó dormido.

Esa mañana, Verity se despertó algo más tarde de lo normal. Se acurrucó en la cama y se espabiló de repente al darse cuenta de que estaba sola. Abrió los ojos. Julian se había levantado. Al mirar a su alrededor, vio que no estaba en la habitación.

Era la mañana de Navidad.

Habían dormido juntos esa noche. Nada más. Julian había dormido con ella. Habían estado juntos en la misma cama, él la había abrazado y le había dicho que se durmiera. Ella no había tardado en obedecer. Pero ¿había alguna ternura en su abrazo, en su beso? ¿Eran acaso imaginaciones suyas? Indudablemente, no había enojo.

Era un hombre encantador, pensó de pronto mientras apartaba las mantas y se dirigía al vestidor. La idea se le antojó sorprendente. Julian le había parecido increíblemente atractivo desde el principio, claro. Pero no esperaba descubrir que era, además, una persona agradable. Y mucho menos bondadosa.

Se lavó con el agua tibia que había en la palangana y se puso el vestido de lana blanco que se había hecho en otoño para ponérselo al quitarse el luto. Era muy sencillo, con el escote alto, mangas largas y rectas y una falda sin adornos que se abría por debajo del pecho. Le gustaba su sencillez. Se cepilló el pelo y se hizo su moño de costumbre a la altura de

la nuca. Pero al echarse una última mirada en el espejo, vaciló.

¿Debía hacerlo? Miró el sencillo escote del vestido.

Abrió el cajón en el que había guardado casi todas sus pertenencias y se quedó mirando la caja un instante antes de sacarla y abrirla. Era verdaderamente precioso. Debía de haberle costado una fortuna. Pero su encanto no residía en su valor monetario. Era una magnífica obra de artesanía, llena de buen gusto. La cadena era fina y delicada. Era seguramente la cosa más hermosa que había poseído nunca. Tocó la estrella con un dedo, lo retiró y luego, tras dudar un momento más, levantó la cadena de la funda de seda en la que descansaba. Desabrochó el cierre, bajó la cabeza y levantó los brazos.

—Permíteme —dijo una voz tras ella, y unas manos cubrieron las suyas y le quitaron la cadena.

Verity mantuvo la cabeza agachada hasta que él acabó de abrochar la cadena.

—Gracias —dijo, y se miró al espejo.

Él tenía las manos sobre sus hombros. Iba vestido con su impecable elegancia de costumbre.

—Es precioso —le dijo. Era el ornamento perfecto para el vestido.

—Sí —la hizo volverse para mirarlo—. ¿Eso que veo en tus ojos es tristeza, Blanche? Está donde debe estar, ¿sabes? Te has ganado el derecho a llevar la estrella de Navidad sobre tu pecho.

Verity sonrió y se llevó la mano al colgante.

—Es un regalo precioso —dijo—. Yo también tengo algo para ti.

Había hablado movida por un impulso. Al salir de Londres, no había pensado en regalos navideños. Esperaba que él fuera un simple jefe que le pagaría por el uso ilimitado de su cuerpo. No esperaba que se convirtiera en... Sí, en cierto modo, por extraño que pareciera, se había convertido en su amigo. En alguien que le importaba. En alguien que se preocupaba por ella.

Se volvió hacia el cajón y rebuscó en el fondo. No podía creer que fuera a darle semejante tesoro, a él, nada menos. Y sin embargo sabía que quería hacerlo, que era lo correcto. No era, desde luego, un regalo costoso, ni elaborado. Pero había sido de su padre.

—Ten —dijo, tendiéndoselo en la palma de la mano. Ni siquiera estaba envuelto—. Le tengo mucho aprecio. Era de mi padre. Me lo dio cuando me fui de casa. Quiero que lo tengas tú —era sólo un pañuelo doblado. Era de finísimo hilo, sí. Pero sólo un pañuelo.

Julian lo tomó y la miró a los ojos.

—Creo —dijo— que quizá tu regalo valga más que el mío, Blanche. El mío sólo cuesta dinero. Tú me has regalado parte de ti. Gracias. Lo guardaré como un tesoro.

—Feliz Navidad, milord —dijo ella.

—Igualmente —se inclinó y le dio en los labios un beso suave y dulcísimo—. Feliz Navidad, Blanche.

Verity pensó que se sentía feliz, a pesar de que se acordaba de su madre y de Chastity, que se tenían la una a la otra. En cambio, ella...

—Me pregunto cómo estará el bebé esta mañana —dijo con ansiedad—. Estoy deseando volver a verla. Me pregunto si ha dormido. ¿Habrá podido dormir la señora Moffat? ¿Y habrán conocido ya los niños a su hermanita? Dudo que su padre pueda pasar mucho tiempo con ellos hoy. Es Navidad, un día muy importante para los niños. Quizá...

—Quizá, Blanche —dijo el vizconde Folingsby, que de pronto parecía de nuevo cínico y hastiado—, se te ocurra alguna idea, como ocurrió ayer para deleite de todos. No dudo de que los niños y todos los demás estaremos agotados cuando acabes con nosotros.

—Pero ¿no te divertiste ayer? —preguntó ella—. Claro que sí. Es Navidad, milord, y el señor Hollander no había hecho planes para celebrarlo. ¿Qué otra cosa podía hacer? Pobrecillo. Creo que siempre ha tenido a su madre o a algún otro pariente que preparara las fiestas por él.

—Exactamente —suspiró él—. Este año, nuestra idea era escapar de todos esos preparativos, Blanche. Pasar una semana tranquila con mujeres de nuestra elección. No recogiendo ramas en medio de una ventisca, sino haciendo el amor en una cama caliente. No inundando la casa de alegría navideña, cantando villancicos, entreteniendo a niños llenos de energía y atendiendo partos, sino... En fin, haciendo el amor en una cama caliente.

—No te divertiste —dijo, desanimada—. Y estás desilusionado. Te he fallado. Y también le he estropeado las fiestas al señor Hollander. Y...

Él puso dos dedos sobre sus labios con firmeza.

—La niña ha pasado toda la noche durmiendo —dijo—. Hace un rato que se ha despertado. La señora Moffat ha

podido dormir unas horas y dice estar descansada y en perfecta salud. El reverendo está rebosante de felicidad y se proclama el hombre más afortunado del mundo, y el más listo, sospecho, por haber engendrado una hija.

»Los niños ya tienen sus regalos y han conocido a su hermana, que parece haberles impresionado mucho menos que a su papá. Están alborotando en el cuarto de estar, cumpliendo la orden de su padre de no salir de allí hasta nuevo aviso. La cocinera está muy atareada en la cocina y tiene a los demás haciendo cosas de acá para allá. Bertie y Debbie no han aparecido aún. Me atrevería a decir que están haciendo el amor en una cama caliente. Y tú estás más guapa de lo que cualquier mujer debería tener derecho a estar. El blanco virginal te favorece.

—Lamento que ésta no esté siendo la Navidad que esperabas —dijo.

—¿Sí? —sonrió con indolencia—. Yo no estoy seguro de lamentarlo, Blanche. Está siendo una Navidad interesante, como mínimo. Y todavía no ha acabado. ¿Tienes planes para nosotros?

Ella sintió que se sonrojaba.

—Bueno —dijo—, he pensado que, como hay niños y su madre está indispuesta y su padre querrá pasar casi todo el día con ella... y que como todavía hay montones de nieve aunque haya dejado de nevar y los demás no tenemos nada que hacer en todo el día salvo... —sus mejillas sonrojaron más aún.

—¿Hacer el amor en una cama caliente? —sugirió Julian.

—Sí —contestó—, salvo eso, he pensado que quizá podríamos... A no ser que desees hacer lo otro, claro. Yo estoy dispuesta. Para eso vine, a fin de cuentas.

Él le estaba sonriendo.

—Deporte al aire libre —dijo—. Me preguntó cómo acogerán Bertie y Debbie la noticia.

—Bueno —dijo ella—, no pueden pasarse todo el día en la cama, ¿no? Sería una descortesía para con el reverendo Moffat y su esposa.

Julian se limitó a reírse.

—Que empiece el día —dijo ofreciéndole el brazo—. No me lo perdería por nada del mundo, ¿sabes? Ni siquiera por todas las camas calientes del mundo.

Capítulo 7

Julian no cambió de opinión durante el día, a pesar de que apenas había exagerado al predecir que Blanche los dejaría exhaustos antes de que acabara la Navidad.

En cuanto terminó el desayuno, sacaron a los niños a jugar en la nieve. Al principio sólo estuvieron Blanche y él, pero luego se les unieron Bertie y Debbie. Retozando en la nieve, el tiempo se les pasó volando, hasta que apareció Bloggs para informarlos de que la comida de Navidad estaba lista. Su semblante sugería, además, que la cocinera montaría en cólera si no entraban inmediatamente.

Mucho antes de eso se habían enzarzado en una vigorosa batalla de bolas de nieve, que resultó sumamente injusta en opinión de Julian, y de ello se quejó amargamente, porque Bertie y él tuvieron que enfrentarse a los dos niños y a las dos damas: dos contra cuatro. Y si Debbie hubiera formado parte de algún regimiento de fusileros, no habría quedado ni un solo francés sin un agujero atravesándole el corazón. Tenía una puntería infalible y se ponía loca de contento cada vez que lo demostraba.

Hicieron muñecos de nieve. Al menos los hicieron Julian y Bertie, mientras los niños revoloteaban a su alrededor «ayudándolos» y Debbie corría a la cocina a pedir zanahorias, cenizas y un viejo sombrero de paja. Blanche, recostada en un ventisquero, afirmó que, como juez, le había correspondido la labor más ardua. Concedió el premio de una zanahoria sobrante a Bertie y David.

Hicieron ángeles de nieve hasta que Rupert declaró con fastidio que era un juego de niñas. Blanche y Debbie

siguieron jugando mientras los hombres fabricaban un largo tobogán en una ladera y arriesgaban la vida lanzándose por él. Julian acabó de algún modo con David a hombros, agarrado a su pelo tras comprobar que su sombrero no le servía como anclaje. El niño gritaba con una mezcla de alegría y temor.

Debbie se fue al columpio del árbol, le quitó la nieve y abrió un caminito bajo él antes de llamar a los demás. Todos probaron sus delicias, solos y en parejas, alegres y bulliciosos como niños. Los adultos siguieron columpiándose después de que los niños salieran corriendo al ver aparecer a su padre, dispuestos a enterrarlo en la nieve hasta el cuello.

—La nieve está empezando a derretirse —comentó Blanche melancólicamente cuando entraban para comer—. Qué pena.

—Así es la nieve —dijo Julian, enlazándola por la cintura—. Pasa, igual que el tiempo. Por eso tenemos recuerdos.

—Los niños se lo han pasado de maravilla, ¿verdad? —comentó ella, sonriéndole alegremente.

—¿A cuáles te refieres? —preguntó Julian antes de besar su nariz colorada—. ¿A los pequeños? ¿O a los demás? Yo, por mi parte, estoy deseando sentarme delante de un buen fuego con los pies para arriba.

Ella se limitó a reír.

La comida de Navidad resultó incomparable. Comieron casi hasta reventar y luego Bertie mandó llamar a la cocinera e hizo un discurso de felicitación tirando a pomposo. Pero a Blanche no le bastó con eso, claro. Si el señor

Hollander era tan amable, quizá pudieran invitar a todo el servicio al cuarto de estar para tomar una copa de excelente ponche. Quería darles las gracias por haberse esforzado tanto para procurarles una Navidad maravillosa.

—Estoy absolutamente de acuerdo, lady Folingsby —dijo el reverendo Moffat—. Aunque, por lo que he podido observar, los criados no son los únicos que se han esforzado. Mi esposa y yo no olvidaremos la cálida acogida que hemos recibido aquí y los esfuerzo que han hecho todos ustedes para entretener a nuestros hijos. Eso por no hablar de lo de anoche, por lo que siempre estaremos en deuda con usted, milady, y con usted, señora Hollander. No intentaremos saldar esa deuda, desde luego, pues sabemos que actuaron por pura bondad. Aceptamos humildemente el regalo que nos han hecho dos verdaderas damas.

Debbie sollozó y se sonó la nariz con el pañuelo que le pasó Bertie.

—Es una de las cosas más bonitas que me han dicho nunca —dijo—. Pero fue Blanche quien hizo todo el trabajo.

Los criados pasaron casi una hora en el cuarto de estar, comiendo pasteles y empanadas, bebiendo ponche y recibiendo el aguinaldo de su jefe, así como de Julian y del reverendo Moffat. Julian no supo después quién había sugerido que volvieran a cantar villancicos, aunque no dudaba que debía de haber sido Blanche. Cantaron acompañados por el clavecín y la música les puso de un humor melancólico y sentimental.

Después de que los criados regresaran abajo, la señora Moffat apareció por sorpresa en el cuarto de estar con el bebé.

A Julian siempre le habían gustado los niños. Tenían que gustarle por fuerza, porque en las reuniones familiares había tantos que le habrían hecho la vida imposible. Nunca, sin embargo, había hecho mucho caso de los bebés y los recién nacidos. Eran territorio de las mujeres, o eso había pensado siempre. A fin de cuentas, sólo necesitaban que los alimentaran, los acunaran, les cambiaran de pañal y les cantaran.

Descubrió, sin embargo, que sentía cierto interés por la pequeña Moffat. Su nacimiento le había hecho vivir en cierto modo la Navidad como nunca antes. Y Blanche había ayudado en el parto. Y ahora estaba sosteniendo a la niña en brazos y mirándola con tal ternura que Julian se quedó embelesado. Estaba muy guapa así, vestida con sencilla elegancia, resplandeciente de salud y vitalidad, con la recién nacida en brazos. Si fuera hija suya, él...

Ahuyentó aquella idea alarmante y se descubrió mirándola a los ojos. Ella le sonrió.

Ah, Blanche. Costaba creer que apenas una semana antes sólo la consideraba una candidata deseable para ocupar su cama. Había visto su belleza, las piernas largas y esbeltas, el tenso talle, la hermosísima cabellera y el rostro encantador, sin pararse a considerar ni por un instante que tenía que haber una persona detrás de aquella fachada.

¡Y qué persona! Era aún más bella, quizá, que el cuerpo que habitaba.

Estaba enamorado de ella, pensó con cierta perplejidad. Nunca antes se había enamorado. Había deseado a más mujeres de las que era capaz de recordar y, a veces, había llamado amor a ese deseo, sobre todo cuando era más joven.

Pero nunca antes había sentido aquel anhelo por otra persona. No era sólo que deseara acostarse con ella, aunque lo deseaba, desde luego. Era mucho más que eso. Quería formar parte de ella, de su vida, no ser sólo un ocupante temporal de su cuerpo.

Le devolvió la sonrisa con cierta indecisión.

—Tengo la impresión —comentó la señora Moffat, que había notado aquel intercambio de sonrisas— que lady Folingsby y usted no llevan mucho tiempo casados, milord —no el suficiente para que su unión diera fruto, quería decir.

—No mucho, señora —contestó.

Unas horas más tarde, después del té y de los vigorosos juegos que Blanche y el reverendo Moffat habían organizado para diversión de los niños y de todos los demás, pensó que se alegraba de no haber ido a Conway por Navidad. Había pensado intermitentemente en ello durante el día y había echado de menos a su familia. Ahora comprendía que, si la Navidad hubiera transcurrido como esperaba, se habría arrepentido de su decisión. La clase de actividades que tenía previstas no eran modo de celebrar una ocasión semejante. Al final, sin embargo, la suerte había querido que hallara todo cuanto debía hallarse en Navidad: cariño, hospitalidad, alegría, bondad, generosidad, franqueza... La lista era interminable.

A veces casi parecía que una mano invisible lo guiaba a uno hacia un lugar que ni siquiera sospechaba que andaba buscando. Quizá fuera una estrella la que lo guiaba. Hacia el establo de Belén, quizá. Tal vez tuviera más en común con los tres sabios de Oriente de lo que creía.

El reverendo se llevó por fin a los niños a la cama entre bostezos y protestas, después de que abrazaran a sus tíos y tías adoptivos como si los conocieran de toda la vida.

—No creo que tardemos mucho en acostarnos, Deb —dijo Bertie, bostezando después de que se marcharan—. ¿Lo has pasado bien?

—Sí, cariño —contestó ella—. Han sido las mejores navidades que he pasado desde que me fui de casa. O quizá mejores. El reverendo es muy amable y los niños son un encanto. ¡Y el bebé! Nunca olvidaré lo de anoche. Nunca.

—Creo —dijo Bertie, sentándola sobre su regazo— que debemos agradecerte a ti gran parte de la diversión de estos dos últimos días, Blanche.

—Qué bobada —contestó ella—. Es Navidad, y la Navidad siempre se las arregla para aparecer, sin ayuda de nadie.

—Tonterías —dijo Julian—. Hicieron falta un montón de ángeles para conseguir que los pastores se apartaran de su colina. Y ha hecho falta un ángel para que nosotros emprendiéramos una peregrinación parecida.

—¿Lo dices en serio? —preguntó, sonrojándose—. Menudo ángel. Un ángel con las alas deslustradas.

Él se levantó y le tendió la mano.

—Ha sido un día muy largo —dijo— y anoche sólo dormiste unas horas. Es hora de ir a la cama.

Verity lo miró a los ojos al tomar su mano. No había en su expresión nada que hablara de martirio.

—Buenas noches, señor Hollander —dijo cuando las dos parejas se despidieron—. Buenas noches, Debbie. Gracias por ayudar a que la Navidad haya sido tan alegre.

Estaba de pie junto a la ventana cuando ella salió del vestidor. Llevaba puesto un camisón. El fuego, avivado, había caldeado la habitación.

—¿La estrella sigue ahí? —preguntó ella al acercarse y mirar hacia lo alto.

—Ya no está —contestó—. O puede que sólo la hayan tapado las nubes. Fuera ya no hace tanto frío. Mañana la nieve no tardará en desaparecer.

—Ah —suspiró ella—. La Navidad se ha terminado.

—Todavía no —la rodeó con el brazo y ella apoyó la cabeza sobre su hombro. Se sentía extrañamente cómoda con él, como si hubiera llegado a creer que era cierto que estaban juntos. Esa tarde, incluso se había sorprendido imaginando que el bebé recién nacido era suyo. De ellos dos.

—Blanche... —dijo él suavemente.

Un instante después estaban el uno en brazos del otro, besándose con tal pasión que parecía que eran un solo cuerpo, que no eran dos seres separados, que sólo juntos, así, podían encontrar la plenitud, la felicidad y la paz.

—Blanche... —él besó sus sienes, su barbilla, su garganta, su boca de nuevo—. ¡Ah, cariño mío!

No bastaba con tocarlo con la boca, sintió ella con la lengua, los brazos, las manos. Lo tocó con los pechos, las

caderas, el vientre, los muslos. Deseaba. ¡Ah, deseaba tantas cosas! Su cuerpo era cálido y duro. Olía a hombre y a almizcle. Y su solidez la hacía sentirse segura. Tenía la impresión de que era una parte de sí misma que le faltaba y que anhelaba. Lo deseaba. Deseaba sentirse completa.

No se dio cuenta de cómo se había desabrochado su camisón. Pero no le importó. Necesitaba sentirlo más cerca. Necesitaba que tocara sus pechos con las manos y luego con la boca. Necesitaba... ¡Ah, sí!

—Sí, sí —dijo con voz gutural, y, metiendo los dedos entre su pelo, echó la cabeza hacia atrás. Mientras, él lamía sus pezones chupándolos suavemente y acariciando su punta con la lengua, y ella sentía un intenso anhelo entre los muslos.

—Sí, sí. Por favor —sus rodillas ya no le pertenecían.

—Ven, amor mío —susurró él junto a su boca, levantándola en brazos—. Vamos a la cama.

Después de depositarla sobre la cama, le sacó el camisón por los pies y se despojó él también del suyo. Ella lo observaba a la luz trémula del fuego con los ojos entornados. Era muy bello.

—Ven —le tendió los brazos—. Ven.

Sus manos y su boca se deslizaron sobre ella, rindiéndole tributo al tiempo que la excitaban. Ella lo tocó, exploró su cuerpo, se regocijó en su contacto, en su calor. Pero no podía tocarlo ahí, aunque cada vez tenía más presente esa parte de él, gruesa, larga y dura. Él la tocó donde nunca había creído que nadie la tocaría con la mano, con los dedos. Sintió un deseo tan intenso que el placer y el dolor se mezclaron

extrañamente. Y al notarse húmeda, curiosamente, no se avergonzó.

Ansiaba... ansiaba no sabía qué.

—Por favor —le suplicó con una voz que no parecía la suya—. Por favor.

—Sí —dijo él acercándose a sus brazos tendidos al tiempo que se situaba entre sus muslos y los separaba con los suyos—. Sí, mi amor. Sí.

Al principio, ella apenas podía creer que fuera posible. Julian se apretó contra ella, y Verity casi se llevó una sorpresa, a pesar de que conocía su propio cuerpo, cuando encontró allí una abertura y comenzó a presionar contra ella una y otra vez, sin detenerse, para abrirla.

—No te pongas tensa —le susurró al oído—. Relájate. Ah, cariño mío, mi amor. No quiero hacerte daño.

Pero no se lo hacía. Ella sólo sintió sorpresa y un asombro maravillado, y un instante de pánico cuando creyó que él no podría seguir adelante y siguió empujando. Notó entonces algo parecido al dolor. Después, él traspasó aquel punto y se hundió en ella. Verity levantó las piernas y lo rodeó con ellas, entrelazándolas. Él gimió.

Y entonces, justo cuando pensaba que había alcanzado el éxtasis y por fin se relajó, Julian comenzó a apartarse.

—No —protestó ella con un murmullo.

Él levantó la cabeza, la miró y le dio un beso.

—Sí —dijo—. Así, ¿ves? —y volvió a ejercer presión desde el borde de su sexo. Después se retiró y volvió a empujar. El éxtasis llegó por fin varios minutos u horas después, cuando el tiempo había perdido su significado, tras amarse con ritmo

dulce y fuerte, compartiendo sus cuerpos y su placer, fundiéndose el uno con el otro. Llegó en una oleada de ansia casi insoportable, con una crispación involuntaria de cada uno de sus músculos interiores y una última rendición, una postrera entrega al poder de su unión. Llegó en forma de trémula relajación y serena paz. Llegó con palabras compartidas.

—Mi vida —susurró él—. Mi hermoso ángel.

—Amor mío —se oyó murmurar ella—. Amor mío, amor mío.

Se quedó dormida instantes después, cuando Julian se apartó de ella y rodó por la cama, llevándola consigo para retenerla a su lado. Justo después de que la arropara con todo cuidado.

Julian tardó mucho en dormirse, a pesar de que yacía en un agradable letargo. Estaba sexualmente saciado. Y era también profundamente feliz.

Nunca se había preocupado en exceso por la felicidad. Era extraño, quizá, teniendo en cuenta que, desde que era un hombre adulto, había invertido todas sus energías en actividades que le reportaran placer o gratificación en grado diverso. Nunca, sin embargo, había creído en la felicidad. Ni la esperaba, ni la ansiaba para sí.

La felicidad, se dijo, era una sensación de plenitud, de haber llegado a un lugar que uno siempre había buscado, aunque fuera con desgana, y que sin embargo nunca había creído que pudiera existir. Junto a una persona con cuya

existencia siempre había soñado, aunque no fuera de manera consciente, y que nunca había creído poder encontrar. La felicidad era un instante en el que uno se hallaba en paz con la vida y el universo, y sentía haber encontrado un sentido a la propia existencia. Pero no era sólo un instante. Era un rumbo a seguir el resto de la vida, la certeza de que el futuro, aunque no pudiera tener un final feliz, desde luego, merecía la pena.

En realidad, nunca había creído en el amor romántico.

Pero estaba enamorado de Blanche Heyward.

Había, sin embargo, algo más. Tal vez incluso en ese momento se habría reído de sí mismo si hubiera creído que eso era todo. Pero no lo era. La amaba. En el curso de unos días, aunque tenía la impresión de conocerla de toda la eternidad, incluso antes de su nacimiento, Blanche se había convertido en una parte tan esencial de su vida como el aire que respiraba.

Ideas caprichosas. Si no se andaba con cuidado, acabaría escribiéndole poemas. Se mofó de sí mismo mientras apartaba el cabello del rostro de Blanche dormida y depositaba su cabeza más cómodamente en el hueco entre su hombro y su cuello. Ella lo había provocado durante unos días, eso era todo, y por fin habían mantenido un encuentro satisfactorio. Unas semanas después, cuando estuvieran en Londres y él la hubiera acomodado debidamente como su querida, empezaría a cansarse de ella. Enseguida se cansaba de sus amantes.

Besó su frente y luego sus labios. Ella protestó suavemente, pero no despertó.

No, no era eso. Ojalá lo fuera. Ella era una bailarina de la ópera, hija de un herrero. Él era vizconde, heredero de un condado. Entre ellos no era posible otra relación que la de protector y mantenida. No podía...

Pero mientras contemplaba la oscuridad, iluminada únicamente por las débiles ascuas del fuego, comprendió que había una cosa que sería incapaz de hacer. No podría casarse con nadie más. Jamás. Aunque le debiera a su padre el asegurar la sucesión del condado. Aunque le debiera a su madre y a sus hermanas el asegurar su futuro. Aunque se lo debiera a su linaje, a su abolengo, a su posición.

Si no podía casarse con Blanche, y no veía cómo podía hacerlo, no se casaría con nadie.

Quizás al día siguiente, a la semana siguiente, al año siguiente, viera las cosas de otro modo. No lo sabía. Lo único que sabía era que la quería, que era feliz y que había vivido una de esas experiencias arrebatadoras sobre las que a veces leía, capaces de cambiar el curso de una vida.

Decidió despertarla después y volver a hacerle el amor sin prisas. Y si luego se quedaban despiertos, se arriesgaría a decirle cómo se sentía. No era un riesgo muy grande, pensó. Ella sentía lo mismo. Eso formaba parte del milagro. A pesar de que no se lo mereciera, lo quería. «Amor mío» lo había llamado una y otra vez mientras derramaba su simiente dentro de ella. Y su cuerpo le había dicho lo mismo aunque no hubiera hablado en voz alta. Sus mentes y sus almas se habían entrelazado del mismo modo que se entrelazaban y se fundían sus cuerpos.

Más tarde volvería a amarla. Entre tanto, dormiría.

Verity no se sintió desorientada ni por un instante al despertar. Tampoco se hizo ilusiones.

Se había rendido a la ingenuidad, la pasión y el sentimentalismo que rodeaban la Navidad. Se había entregado a un seductor experimentado. No se habría resistido, aun siendo consciente de la verdad en su momento. Habría estado igualmente dispuesta a hacerle entrega de su cuerpo. Lo habría hecho como parte del trato al que había llegado con él en Londres. Pero se habría reservado el corazón. No se habría imaginado tontamente que el suyo sería un encuentro amoroso.

Julian la había poseído como a una amante.

Ella, por su parte, estaba cumpliendo con su trabajo, ganándose su salario.

Y ahora era, sin discusión, una perdida. Una puta. Lo había hecho por Chastity. Pero, pese a ello, era y sería siempre una fulana.

No soportaba la idea de enfrentarse a Julian esa mañana. No quería ver aquella mirada sagaz en sus ojos, aquella expresión triunfante. No podía fingir, ni convertirse en su mantenida para que se sirviera de ella a su antojo hasta que se cansara y prescindiera de sus servicios. Ni siquiera soportaba la idea de acabar aquella semana, después de la cual sería libre para rechazar cualquier compromiso futuro.

Tal vez al final de la semana no tendría fuerzas para hacerlo.

No podría soportar verlo por la mañana y comprender por su actitud lo poco que significaba ese encuentro para él.

Debía aguantar toda la semana, no tenía elección. Aunque hubiera un medio de marcharse, aún tenía que ganarse doscientas cincuenta libras. Y él ya le había pagado esa misma cantidad. ¿Se había ganado el anticipo con lo sucedido unas horas antes, con su disposición a permitir que ocurriera las dos noches anteriores? ¿Doscientas cincuenta libras? Trabajando de institutriz, tendría suerte si conseguía ganar esa suma en cuatro años.

Había un modo de marcharse. A tres millas de allí había un pueblecito en el que paraba un coche de línea cada mañana, muy temprano. Había oído hablar de ello a los criados. Pero había nieve en el camino. ¿Y funcionaría el coche el día después de Navidad? La nieve había empezado a derretirse la tarde anterior. La noche había estado nublada, quizás incluso hubiera sido templada. ¿Por qué no iba a funcionar?

Sin duda despertaría a Julian si intentaba salir de la cama, si intentaba vestirse y marcharse a hurtadillas.

Sin embargo, aquella loca idea se le había metido en la cabeza y no podía olvidarse de ella. No podía enfrentarse a él por la mañana. Si no sintiera nada, lo haría con toda la alegría y el sentido común que pudiera reunir. A fin de cuentas, había aceptado aquel empleo a sabiendas de lo que conllevaba. Estaba dispuesta a hacer lo que había hecho con él poco antes, tantas veces como él hubiera querido. No era eso lo que temía.

En su ingenuidad, no se había dado cuenta de hasta qué punto podía afectar a sus sentimientos. No se le había

ocurrido pensar que aquellos dos días con él le revelarían su verdadera personalidad, ni que pudiera encontrarlo encantador, amable y de su gusto. No esperaba ni por un instante enamorarse de él. Y era mucho peor: se había enamorado de Julian, lo amaba todavía y lo amaría siempre.

Tras desprenderse de sus brazos mientras él gruñía, dormido, salió de la cama. Hacía frío en la habitación y ella estaba desnuda y agarrotada. Recogió su camisón del suelo sin hacer ruido y se acercó de puntillas al vestidor, cuya puerta estaba por suerte entornada. Entró y cerró la puerta despacio. Afortunadamente, las bisagras estaban bien engrasadas y no chirriaron.

Encendió una vela, se lavó rápidamente con el agua helada, se puso su ropa de más abrigo, guardó sus pertenencias y se preguntó si podría salir de la casa sin que nadie la viera.

No lo había guardado todo. Había dejado el sello de Julian sobre el lavabo. Y una cosa más. Se quedó unos segundos mirándolo, extendido sobre la cómoda, donde lo había puesto la noche anterior. ¿Se lo llevaría? Ansiaba hacerlo, sería su único recuerdo..., pero no necesitaba un recuerdo. Y era un regalo demasiado caro, dadas las circunstancias.

Acercó un dedo a la estrella de oro y luego la dejó donde estaba. No volvió a entrar en el dormitorio. Había una puerta que daba directamente al pasillo.

Siempre le había parecido una tontería, pensó mientras bajaba cautelosamente las escaleras y salía por la puerta principal, hablar de un corazón doliente. ¿Cómo podía doler el corazón? Esa mañana, sin embargo, ya no le parecía una

tontería. Avanzó a toda prisa por el camino que llevaba a la carretera y, al pasar junto al carruaje todavía embarrancado, vio con alivio que la nieve se había derretido lo suficiente. Podría llegar al pueblo sin grandes dificultades.

Le dolía el corazón por una estrellita de oro y una cadena que cabían en la palma de su mano. Y por la estrella de Navidad que ese año le había llevado tanta alegría y tanta esperanza, y que la había impelido a cometer tal insensatez. Y por el hombre que, confiaba, dormía aún en la cama que habían compartido hasta hacía media hora.

Nunca volvería a verlo, si llegaba a tiempo para tomar el coche de línea. Y «nunca» podía ser a veces una palabra aterradora.

Lo amaría siempre.

Capítulo 8

Julian tardó tres meses en encontrarla. E incluso entonces pareció vislumbrarla un solo instante para luego perderla otra vez, sin hallar rastro alguno de ella, igual que la había perdido la noche de Navidad.

Esa mañana se había despertado con el alba y, al comprobar que no estaba ni en su cama ni en la habitación, se había sentido a medias divertido y a medias enojado. Se había lavado, afeitado y vestido sin prisas, confiando en que ella volviera antes de que estuviera listo. Después había salido en su busca. Pero ni siquiera se había alarmado al no encontrarla en los salones, ni en la cocina, ni al asomarse fuera y no verla paseando por allí. Había dado por sentado que estaría en el único lugar que le quedaba por mirar, la habitación de la señora Moffat, contemplando al bebé.

La semana estaba ya bien entrada cuando por fin descubrió la verdad. Ella se había ido llevándose todas sus pertenencias, salvo el colgante de la estrella. Él había tomado el colgante, lo había estrujado en la palma de su mano y había echado la cabeza hacia atrás, lleno de dolor.

Ella lo había abandonado.

¿Por qué?

Julian había regresado a Londres ese mismo día, tras idear otro arsenal de mentiras para tranquilidad de Bertie, Debbie y los Moffat. Y así había empezado su búsqueda. Ella había dejado su trabajo en la ópera sin decir nada a nadie. No se había presentado en ningún otro teatro: Julian los había visitado todos. Y ninguna de sus excompañeras de

trabajo conocía su paradero. No la habían visto, ni habían tenido noticias suyas desde antes de Navidad.

Al final, sobornó al gerente del teatro para que le diera su dirección, pero resultó ser falsa. Allí no vivía nadie con el nombre de Blanche Heyward, lo informó la casera, ni nadie que respondiera a su descripción, excepto la señorita Ewing, que era muy alta. Pero la señorita Ewing no era bailarina de la ópera, ni lo había sido nunca ninguna señorita que hubiera alquilado su casa. ¡Qué ocurrencia! La mujer lo había mirado con indignación. Julian pensó incluso en viajar a Somerset en busca de la herrería en la que había vivido Blanche. Pero ¿cuántas herrerías podía haber en el condado de Somerset?

Estaba claro que Blanche no quería que la encontrara.

Intentó quitársela de la cabeza. La Navidad había sido un paréntesis agradable, en gran parte gracias a Blanche, y acostarse con ella había sido la guinda del pastel. Pero en realidad no había nada más. A fin de cuentas, no se podía alargar la Navidad todo el año. Había que volver a los prosaicos quehaceres cotidianos.

A finales de enero hizo una visita de tres días a Conway, donde sus padres lo recibieron con tal cariño y su hermana pequeña con tal reproche que casi creyó perder el valor. Lo encontró de nuevo, sin embargo, cuando una tarde se sentó a solas con su padre en la biblioteca. No se casaría con lady Sarah Plunkett, anunció con firmeza. Y antes de que su padre tuviera ocasión de preguntarle con quién iba a casarse entonces, añadió que sólo había una mujer en el mundo con la que podía pensar en contraer matrimonio, pero que ella no

quería casarse con él y su matrimonio era, además, imposible.

—¿Imposible? —había preguntado su padre con las cejas levantadas.

—Es hija de un herrero —le había dicho Julian.

—De un herrero —su padre había fruncido los labios—. ¿Y no quiere casarse contigo, Julian? Tiene más sentido que tú.

—La quiero —había afirmado él.

—Ajá —se había limitado a comentar su padre. Quizás ése fuera el único comentario que creía necesario, teniendo en cuenta que no parecía haber riesgo de que la boda llegara a celebrarse.

De vuelta en Londres, Julian había buscado sin rumbo fijo, desesperadamente, hasta la tarde de marzo en que la divisó en medio del gentío de Oxford Street. Estaba al otro lado de la calle, saliendo de una sombrerería. Julian se paró en seco, incapaz de creer lo que veían sus ojos. Pero luego ella lo miró y comprendió que no era un error. Se puso en movimiento en el instante en que ella daba bruscamente media vuelta y echaba a andar a toda prisa por la acera.

Justo entonces, el carruaje de un señor y la carreta de un comerciante decidieron disputarse el derecho de paso por la calle, cuya anchura había mermado por la presencia de un gran coche de punto que estaba recogiendo a dos pasajeros cargados de bultos. Colocados frente a frente, se negaban a moverse.

El comerciante lanzaba maldiciones a diestro y siniestro y el caballero, por su parte, despotricaba con poca elegancia.

Los caballos protestaban como mejor sabían. Los transeúntes eligieron bando o se arremolinaron para disfrutar del espectáculo, y Julian se vio atrapado entre el gentío unos segundos de más. En menos de un minuto había cruzado la calle, pero durante ese tiempo Blanche Heyward se las había arreglado para desaparecer por completo. Julian corrió calle abajo, en la dirección que ella había tomado, asomándose a cada tienda y cada callejón. Pero no había ni rastro de Blanche. Ni de la muchacha que iba a su lado.

Una cosa estaba clara. Si alguna vez ella se había arrepentido de escapar de casa de Bertie, ya no lo lamentaba. No tenía deseos de que la encontrara. Ni siquiera para cobrar el segundo pago de su salario.

Así pues, esa noche se había entregado al martirio, a fin de cuentas, y con tanto coraje que él ni siquiera se había percatado de que estaba fingiendo. Tonto de él, había creído que correspondía a sus sentimientos. Pensaba que había disfrutado perdiendo su virginidad con un libertino que le había pagado para disfrutar de sus favores. ¡Qué necio había sido!

Dejó de buscarla. Que viviera su vida en paz. Sólo esperaba que las doscientas cincuenta libras fueran suficientes para cubrir las necesidades familiares que la habían impelido a aceptar su proposición, y que hubiera sobrado algo para ella.

Pero su resolución se tambaleó cuando en abril asistió a una fiesta en casa de su hermana mayor. El salón y las dos habitaciones que se habían abierto para la ocasión estaban gratamente llenas, le informó ella mientras lo conducía entre la gente, agarrada a su brazo. Cada día llegaban nuevas

familias a la ciudad para pasar la temporada. Julian, sin embargo, se detuvo de pronto.

—¿Quién es? —preguntó, señalando con la cabeza a una muchacha delgada y guapa que iba acompañada de una señora mayor y del general sir Hector Ewing y su esposa.

—¿El general? —preguntó su hermana—. ¿No lo conoces, Julian? Es...

—La chica que va con él —dijo Julian.

Su hermana lo miró con sorpresa y sonrió.

—Es guapa, ¿verdad? —dijo—. Es la sobrina del general, la señorita Chastity Ewing.

Ewing. ¡Ewing! El nombre de aquella señorita alta que vivía en la dirección que le había dado el gerente del teatro. Y la señorita Chastity Ewing era la joven que iba con Blanche por Oxford Street.

—Conozco al general, Elinor —dijo—, pero no mucho. Preséntame a la señorita Ewing, hazme ese favor.

—Enamorado al primer vistazo —repuso su hermana, riendo—. Esto es muy interesante, Julian. Vamos, pues.

—¿Quién? —preguntó Verity con desmayo. Había esperado levantada a Chastity, a pesar de que era muy tarde y ya no compartían habitación. Estaba sentada en la cama de su hermana.

—El vizconde Folingsby —contestó Chastity—. Al menos, creo que entendí bien su nombre. Es el hermano de lady Blanchford. Es muy guapo, y encantador.

Verity sentía un ligero zumbido dentro de la cabeza. Era casi inevitable, desde luego. Sabía que él estaba en Londres, lo había visto, y que, por tanto, acudiría a los actos de la buena sociedad, sobre todo ahora que estaba empezando la temporada. Su tío había regresado de Viena la semana después de Navidad, se las había llevado a todas a vivir con él y estaba presentando a Chastity en sociedad: su hermana tendría que asistir a bailes y galas a los que también acudiría él. Verity esperaba, sin embargo, que su hermana, por guapa y sana que estuviese, fuera demasiado joven para que el vizconde se fijara en ella.

—¿Ah, sí? —respondió.

Pero Chastity le sonreía con expresión radiante y traviesa. Ataviada aún con su vestido de noche, fue a sentarse a la cama, junto a ella.

—Claro que sí —dijo—. Tú lo conoces, Verity.

El corazón de ésta dio un salto mortal.

—¿Sí? —dijo—. ¿Lo conozco?

Chastity se rio alegremente y dio palmas.

—Claro que sí —afirmó—. Y veo por tu cara de culpa que te acuerdas muy bien de él. Nos lo ha contado. Lo de Navidad.

Verity notó que la sangre escapaba de su cabeza, dejándola helada y aturdida.

Chastity tomó una de sus manos frías e inermes.

—Querida Verity —dijo—, creo que te has convencido de que no se fijó en ti. Pero yo sabía que sucedería tarde o temprano. Te lo dije, ¿no? ¿Cómo iba a mirarte un caballero

sin quedar prendado de tu belleza y de ti, fueras quien fueses?

—¿Lo sabe mamá? —susurró Verity.

—Por supuesto —afirmó Chastity, riendo alegremente—. Estaba allí, conmigo y con el tío.

—¿El tío también lo sabe? —al día siguiente las pondría de patitas en la calle. ¿Habría modo de persuadirlo para que sólo la echara a ella? Ya se había molestado con ella por negarse a participar en los entretenimientos sociales de la temporada, alegando que era muy mayor. ¿Podrían salvarse Chastity y mamá?

—El vizconde sabía que lady Coleman se había ido a Escocia el día después de Navidad —prosiguió Chastity—. Supuso que la habías acompañado. Imagínate su sorpresa y su satisfacción cuando supo que no, que estabas aquí, en Londres.

—¿Qué? —no había ninguna lady Coleman, y él no sabía que era Verity Ewing.

—Ay, Verity, qué boba eres —Chastity se llevó la mano de su hermana a la mejilla y la sostuvo allí—. ¿Creías que no iba a fijarse en ti porque eras una simple dama de compañía? ¿Creías que no querría volver a verte? Le contó a mamá con qué discreción te las había arreglado para que todo el mundo pasara unas fiestas cómodas y agradables, no sólo lady Coleman. Nos contó lo de la familia del párroco que tuvo que interrumpir su viaje a causa de la nevada, y que ayudaste a nacer al niño. ¡Ay, Verity! ¿Por qué no nos contaste eso? Y le confesó a mamá que te había besado bajo la rama de los besos. Tiene una sonrisa de lo más pícaro.

—Ah —dijo Verity.

—¿Y creías que iba a olvidarte? —preguntó su hermana—. No te ha olvidado. Le preguntó a mamá si podía visitarte. Y pidió al tío hablar con él en privado. Se fueron juntos, a hablar. Es un hombre maravilloso, Verity. Casi digno de ti, creo. El vizconde Folingsby. Sí —se rio de nuevo—. Será perfecto, estoy segura. Ahora ya sé por qué no querías presentarte en sociedad. Te daba miedo encontrarte con él. Temías que no se acordara de ti, boba.

Verity sólo podía aferrarse a la mano de su hermana y mirarla con los ojos como platos. ¡Julian sabía quién era! De algún modo su madre o Chastity habrían mencionado a lady Coleman y él les había seguido la corriente. Y quería verla. ¿Por qué? ¿Para pagarle el resto de su salario? Pero no se lo había ganado. ¿Para exigirle que le devolviera parte del primer pago, entonces? Lo irónico del caso era que su sacrificio no había sido necesario, a fin de cuentas. Su tío se había hecho cargo de su manutención y del pago del tratamiento de Chastity a los dos días de su regreso a Londres.

Quizá Julian quería que se ganara lo que ya le había pagado. Quizá quería que fuera su amante allí, en la ciudad. Pero ahora sabía que era la sobrina del general sir Hector Ewing.

Ella no quería verlo. La sola idea bastaba para aterrorizarla, lo mismo que aquella tarde en Oxford Street.

Y sin embargo, en casi cuatro meses, el dolor no había disminuido lo más mínimo. Al contrario, parecía empeorar. Incluso se había sentido amargamente desilusionada, al

tiempo que aliviada hasta lo indecible, al descubrir que su único encuentro no había dado fruto.

—Verity... —los ojos de su hermana brillaban suavemente—. Tú te acordabas de él. Estás enamorada de él. No creas que puedes engañarme. ¡Qué maravilla! ¡Qué romántico! Es como un cuento de hadas.

Verity apartó la mano y se levantó de un salto.

—Qué bobada —dijo—. Deberías estar durmiendo hace rato. Has recuperado la salud, aunque estés todavía un poco delgada, pero no debes esforzarte demasiado. Métete en la cama enseguida. Date la vuelta, voy a desabrocharte los botones.

Pero Chastity no se dejó distraer tan fácilmente. Ella también se levantó y la rodeó con sus brazos. Sus ojos brillaban, llenos de lágrimas.

—Estoy sana gracias a los sacrificios que hiciste por mí —dijo—. Nunca olvidaré lo que te debo, Verity. Pero vas a ser recompensada. No habrías conocido al vizconde si no hubieras trabajado para lady Coleman y si no hubieras pasado las navidades con ella. Así que ya ves que es una justa recompensa. Estoy tan contenta que tengo ganas de llorar.

—Métete en la cama, a dormir —dijo Verity con firmeza—. Estás sacando demasiadas conclusiones de las palabras del vizconde Folingsby. Además, no me gusta tanto.

Chastity se reía por lo bajo cuando su hermana salió de la habitación.

Verity se apoyó contra la puerta de su cuarto tras cerrarla, con los ojos cerrados.

Julian la había encontrado. Pero ¿quería ella que la encontrara? Quizás, al fin y al cabo, lo necesitaba. Había en su vida un inmenso vacío, la sensación de algo sin resolver, de un asunto pendiente. Tal vez así le pondría fin. Ignoraba por qué quería verla Julian, sin duda no era por los motivos que imaginaba Chastity, pero tal vez debiera averiguarlo. Quizá, si volvía a verlo, si averiguaba qué quería de ella, por fin podría cerrar aquel capítulo del pasado y seguir adelante con su vida.

Tal vez pudiera dejar de amarlo.

* * *

Había hablado con su tío el día anterior. Habían vuelto a encontrarse esa mañana, a fin de concretar los pormenores. Y ahora, por la tarde, había hablado con su madre. La señora Ewing había ido a buscar a su hija para mandarla al salón de las visitas en el que esperaba él, más nervioso que en toda su vida.

La puerta se abrió y se cerró suavemente. Ella se apoyó contra la madera con las manos a la espalda, sujetando aún el pomo. Llevaba un vestido de muselina verde claro, de diseño sencillo y el pelo recogido. Había perdido algo de peso y de color. Pero, por más que lo intentara, jamás podría disimular el hecho de que era una mujer extraordinariamente hermosa. Julian hizo su reverencia más elegante.

—¿Señorita Ewing? —dijo.

Ella se quedó mirándolo unos segundos antes de soltar el pomo y hacer una genuflexión.

—Milord.

—La señorita Verity Ewing —dijo Julian—. Eligieron mal tu nombre.

Ella no tenía nada que alegar.

—Verity —repitió él.

—Me quedan doscientas libras —le dijo ella con voz suave, levantando la barbilla al tiempo que echaba los hombros hacia atrás—. No he necesitado el dinero, después de todo. Confío en que acepte usted olvidar las cincuenta libras. A fin de cuentas, me las gané en parte.

La hermana pequeña estaba enferma. Verity Ewing se había puesto a trabajar para pagar las facturas del médico y comprar medicinas. Se había empleado como dama de compañía en casa de lady Coleman. Lo había hecho por su hermana.

—Creo que tu virginidad bien valía cincuenta libras —afirmó—. ¿Dónde está el resto?

—Aquí.

Julian vio que llevaba un pequeño bolsito colgado del brazo. Ella lo abrió y sacó un rollo de billetes. Se lo tendió y, al ver que no se movía, se acercó a él. Julian tomó el dinero con una mano y el bolso con la otra y dejó ambas cosas sobre el sillón, a su lado.

—¿Ya estás satisfecha? —preguntó—. ¿Está todo saldado?

Ella asintió con la cabeza, mirando el dinero.

—Debería habértelo devuelto antes —dijo—. Pero no sabía cómo. Lo siento.

—Verity —dijo él en voz baja—, mi amor.

Ella cerró los ojos y los mantuvo cerrados.

—No —dijo—. Se ha terminado. No voy a ser tu amante. Siempre seré una... una mujer caída en desgracia, pero no seré tu amante. Por favor, márchate. Y gracias por no avergonzarme delante de mi madre y mi hermana. O delante de mi tío.

—Amor mío —no las tenía todas consigo. Verity Ewing, alias Blanche Heyward, era una mujer de carácter firme y fuerte voluntad, él lo sabía por experiencia—. ¿Debo irme? ¿O puedo quedarme para siempre? ¿Quieres casarte conmigo?

Ella abrió los ojos y miró su barbilla. Sonrió.

—Ah —dijo—, claro. Soy la hija de un caballero y tú eres un caballero. No, milord, no tiene que hacer lo correcto. Verá, yo tampoco voy a avergonzarlo públicamente.

—Fue tu primera vez —repuso él—. No podía esperar que lo entendieras. No tenías experiencia. Normalmente, cuando el sexo se compra, es sólo por placer, al menos por parte del hombre. Fue placentero, ¿verdad? Para los dos. Pero también fue algo más. Verás, en cierto sentido también fue mi primera vez. Nunca antes había hecho el amor. Y aquello fue amor, Verity. Supe con mi cuerpo mientras nos amábamos, y con mi mente cuando acabó, que te habías convertido en el aire que respiraba, en la vida que vivía, en el que alma que anhelaba. Pensé que sentías lo mismo. No se me ocurrió que quizá no fuera así, hasta que descubrí que me habías dejado. Me pregunto si ese día sentiste tanto dolor como yo. Nunca había sentido una tristeza tan profunda.

—Era la hija de un herrero —contestó ella—, una bailarina y una fulana. Lo que me habría ofrecido entonces estaba muy lejos del matrimonio. No he cambiado, milord. Soy la hija de un sacerdote, pero sigo siendo una fulana. No seré su amante, ni su esposa.

Julian se apoderó de sus manos. Estaban heladas.

—Ahorrarás el dinero poco a poco —dijo con vehemencia—. Las cincuenta libras. Hasta el último penique. Quiero que me lo devuelvas. Y luego quiero que retires ese horrendo nombre con el que te has descrito. Dime una cosa. Y dime la verdad, Verity. ¿Por qué dejaste que me acostara contigo esa noche? ¿Estabas ganándote tu salario? ¿O estabas haciendo el amor, dando y recibiendo cariño, sin pensar en el dinero? ¿Qué fue? Mírame.

Ella levantó los ojos.

—Dímelo —Julian se dio cuenta de que estaba susurrando. Todo su futuro, toda su felicidad, dependían de la respuesta.

—¿Cómo no iba a amarte? —contestó ella—. Fueron días mágicos. Y me pillaste desprevenida. Fui allí con un calavera, con un golfo cínico y arrogante. Y descubrí que eras un hombre atento, cariñoso, amable y divertido. No tenía experiencia en tales situaciones, milord. ¿Cómo no iba a amarte en cuerpo y alma, con todo mi ser? Ni por un momento se me pasó por la cabeza que lo que estaba sucediendo me convirtiera en una fulana.

—Porque no fue así —repuso Julian—. Te entregaste a mí y yo me entregué a ti. Lo que hicimos estuvo mal, no debió ocurrir fuera del matrimonio. Pero peores pecados que ése se perdonan, creo. Déjame decir una cosa más antes de

que vuelva a suplicarte. Después de Navidad fui a visitar a mi padre. Es el conde de Grantham, ¿lo sabías? Soy su heredero. Lleva algún tiempo empeñado en que me case y tenga un hijo, puesto que no tengo hermanos varones. Quiero a mi padre, Verity. Y conozco mi deber para con él y para con mi posición. Pero le dije que sólo podía casarme contigo. Entonces pensaba aún que eras hija de un herrero y bailarina. No pensaba en ti como en una fulana. Lo que hicimos juntos en la cama fue amor, no negocio.

—¿Y qué contestó tu padre? —preguntó ella.

Él le sonrió.

—Mi padre me quiere, Verity. Le importa mi felicidad. En nuestra familia, el amor ha sido siempre más importante que el deber. Él me habría dado su bendición, con cierta reticencia, claro, aunque me casara con la hija de un herrero.

Verity volvió a mirar sus manos unidas. Él se las apretó ligeramente. El corazón le latía con violencia en el pecho.

—Amor mío —dijo—. Verity. Señorita Ewing, ¿quiere concederme el inmenso honor de ser mi esposa?

Ella mantuvo la cabeza agachada.

—Era Navidad —dijo—. En Navidad, todo parece distinto. Más amable, más posible, más irreal. Esto es un error. No deberías haber venido. No sé cómo descubriste quién soy.

—Creo —contestó Julian— que el error es nuestro, Verity. Actuamos como si la Navidad fuera un solo día al año, como si la paz, la esperanza y la felicidad sólo pudieran existir entonces. Y no tiene por qué ser así. ¿Acaso lo que ocurrió en Belén estaba destinado a traer alegría al mundo

un único día al año? Qué poca fe tenemos en nuestra religión. Qué poco exigimos de ella y le damos. ¿Por qué no puede ser Navidad ahora, hoy, para ti y para mí?

—Porque no lo es —respondió ella.

Julian soltó sus manos y buscó algo en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Sí lo es —dijo—. Lo será. ¿Qué me dices de esto? —sostenía en la mano el pañuelo que Verity le había regalado. Lo desdobló con cuidado, hasta que ella pudo ver la estrella de oro con su cadena, alojada en su interior.

—Oh —susurró ella.

—¿Recuerdas lo que dijiste cuando te lo regalé? —preguntó él.

Verity sacudió la cabeza.

—Te ofendí.

—Sí —contestó—. Me ofendiste. Me dijiste que el sitio de la estrella de Belén estaba en el cielo para traer esperanza, para guiar a sus seguidores hacia la sabiduría y el sentido de la vida. Tal vez algún poder no estaba de acuerdo contigo. Aquí está, descansando entre nosotros. Creo que en Navidad la seguimos, Verity, quizás con tan poca certeza de hacia dónde nos llevaba como los tres Reyes Magos. Nos llevó el uno hacia el otro. Hacia la esperanza. Hacia el amor. Hacia un futuro en el que puede haber amor, compañerismo y felicidad si estamos dispuestos a seguirla hasta el final. Ven conmigo. Todo el camino. Da de nuevo otro paso irrevocable, por favor.

Cuando ella lo miró, sus ojos estaban inundados de lágrimas.

—¿Hoy puede ser Navidad? —preguntó—. ¿Y todos los días?

—Pero no en un sentido mágico —contestó Julian—. Nosotros podemos hacer que todos los días sea Navidad. Pero sólo si nos esforzamos. Sólo si recordamos el milagro que se obra cada día en nuestras vidas.

—Oh, milord —dijo ella.

—Julian.

—Julian —lo miró y él pudo sentir que su angustia disminuía mientras sonreía poco a poco—. Cásate conmigo —susurró.

Verity levantó las manos y se rodeó la cara con ellas.

—Debí confiar en mi corazón más que en mi cabeza —dijo—. Mi corazón me decía que me amabas, pero mi cabeza me decía que era una ilusa. Julian... —rodeó su cuello con los brazos—. ¡Oh, Julian, amor mío! Sí, si estás seguro. Sé que lo estás, y yo también. Te he querido con tanta pena, con tanto anhelo, con tan poca confianza. Te amo.

Él la hizo callar con un beso. La estrechó entre sus brazos y la apretó con fuerza. Abrazándola con toda su alma, juró que nunca la dejaría marchar, que ni por un instante olvidaría la extraña oportunidad que lo había conducido al desierto para seguir una estrella a través de una ruta desconocida y hacia un destino incierto. Jamás dejaría de maravillarse por que él, un hombre arrogante y descreído, hubiera sido conducido hacia la paz, la redención y el amor.

Mientras se besaban con ansia, apasionadamente, sostenía en una mano el pañuelo de hilo, aquel recuerdo de

su padre que Verity guardaba como un tesoro, y la estrella de oro que unos minutos después colgaría de su cuello.

Los regalos de Navidad.

Los regalos del amor.

Fin